

La Ilustración Artística



Artística

Año XX

BARCELONA 19 DE AGOSTO DE 1901

Núm. 1.025

REGALO A LOS SEÑORES SUSCRIPTORES DE LA BIBLIOTECA UNIVERSAL ILUSTRADA



MADONA, cuadro de Adolfo Echtler

Schreiber.ch



SUMARIO

Texto. — *La vida contemporánea*, por Emilia Pardo Bazán. — *Guillermo Chartier*, por A. García Llansó. — *Los grandes bribones*, por Marcos Zapata. — *República Argentina. Buenos Aires. Jubileo del teniente general D. Bartolomé Mitre*, por Justo Solsona. — *El alcaraván zancudo*, por Eusebio Blasco. — *Nuestros grabados.* — *Miscelánea.* — *Problema de ajedrez.* — *Norberto Dys*, novela ilustrada (continuación). — *Arte suuario moderno*, por X. — *La telegrafía sin alambres en las líneas transatlánticas inglesas.* — *Londres y Nueva York.* — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados. — *Madona*, cuadro de Adolfo Echter. — *El escultor Guillermo Chartier.* — *Dolor maternal.* — *Bajo relieve del monumento erigido a Debruyne.* — *Inquietud maternal.* — *Varando la barca.* — *El abuelo.* — *Un voto*, obras de Guillermo Chartier. — *El general D. Bartolomé Mitre.* — *Jubileo del general Mitre con motivo del octogésimo aniversario de su natalicio.* — *La peste de Roma*, cuadro de A. Hirschl. — *La emperatriz Federica.* — *Santander. Festival de los Coros de Clara* en la plaza de los. — *El genio del siglo*, reloj de mármol y bronce, obra de Alberto Reimann. — *Jarrones de porcelana de la fábrica Rosenthal y C.^a de Selb (Baviera).* — *En el jardín de las Tullerías*, cuadro de Max Liebermann.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

Aunque no suelo hablar aquí de mis viajes, por hacerlo en otra parte, la influencia de los lugares que visito no puede menos de sugerirme reflexiones que involuntariamente acuden a la pluma, y suelen presentarse en forma de comparación. — Así, noto que en París la criminalidad disminuye. No se concibe una capital populosa sin criminalidad, como no se concibe un árbol añoso y frondosísimo sin líquenes y rugosidades en la corteza; pero, relativamente a Madrid y considerada la diferencia de población, mejora la estadística parisiense.

Lo primero que aprecio es que aquí son bastante menores los peligros de robo. ¡Como que son mayores las actividades del trabajo! El robo es, lo mismo que el trabajo, un modo de adquisición de lo necesario ó conveniente para la vida; sólo que el ladrón adquiere sin gastar fuerzas, sin dar nada en cambio, sin pagar, digámoslo de una vez. El que se habitúa a pagar, ó sea a trabajar, encuentra molesto y vergonzoso el ser insolvente. Por eso aquí apenas se roba.

¡Y cuidado si abundan ocasiones para descuidaros! Todo está a mano, todo fácil de coger; existe una confianza extraordinaria; las mercancías se desbordan sobre la acera y llegan al arroyo. Hay más. He oído decir que en ciertos grandes almacenes hacen la vista gorda al robo de menudencias, con tal de atraer gente y de no molestar a nadie. No sé si es cierto, pero lo parece, al ver la tranquilidad con que todo se deja a disposición del público. No obstante, la crónica de los latrocinios en París, relatada por los diarios, cabe en un papel de fumar.

En Madrid, en cambio, no es posible distraerse un minuto en parte alguna sin encontrar nuestra propiedad disminuída. Un ejército de vagabundos, ladrones profesionales ú ocasionales, acecha los momentos en que cualquier circunstancia solicita la atención, y aprovecha ese rápido instante para despojaros. Cuando las señoras se bajan de los coches, suelen dejar caer algún objeto y entre el remolino de la bajada no advertirlo al pronto. Ya lo ha advertido el sólcito descuidero, que está al quite mendigando ó rondando por allí, haciéndose el suco para que no se le conozca la intención. Dos segundos después, el objeto ha desaparecido para siempre.

En París se me cayó ayer, desabrochándose de la cintura, una bolsa de seda donde llevaba el portamonedas, el pañuelo, los gemelos, el lápiz, mil menudencias necesarias. Ocho ó diez gritos me advirtieron. La frutera ambulante, los cocheros, los transeuntes, me llamaban á voces y á porfía, para advertirme que había perdido la bolsa, que la tenía allí, en la acera. No se les ocurrió recogerla; eso no; tuve que volver atrás y alzarla del suelo yo misma. Galantería, ninguna, ni falta que hace. Servicialidad, honradez, sí.

Recordé entonces lo que me pasó en Madrid este invierno. En mi barrio, á la puerta de mi casa, se me cayeron los lentes, con su cadena de pedrería, al arroyo. Lo vieron varias personas. Lo comentaron, entre sí, por supuesto. Vivo como una centella, un cochero del punto que está frente á mi puerta los recogió, en silencio, y los llevó á casa de un platero, del de más cerquita, para ver lo que el platero le daba por su hallazgo. Como el platero, sospechando que se trataba de un objeto robado, ofreció una suma cortísima, al cochero se le ocurrió que sacaría mejor tajada trayéndomelos á mí, con las albricias que yo le diese. Por otra parte, contribuyó á que adoptase esta resolución el que sus compañeros de punto, ojo avizor también, le habían visto recoger la joya y podían avisarme; y tanto podían, que me avi-

saron, en efecto, algunas horas después. En suma, el cochero me trajo los lentes, y yo le dí una buena propina. Es indudable que allí no existía propósito deliberado de sustraer nada; pero la estricta honradez pedía otra cosa: que todos, al ver caer los lentes y que yo seguía mi camino inadvertida, gritasen como gritan aquí, hasta que yo me volviese y recogiese mi propiedad del suelo.

Y esta es la antesala del delito, lo que á nadie suleva, lo que sólo se comenta sonriendo y encogiéndose de hombros, porque, ya se sabe: harto hacen con respetar lo que uno lleva puesto ó guardado, sin que también respeten lo que uno deja caer, olvida ó presenta fácil á la captación. El libro de los señores Quirós y Llanas Aguilaniedo *La mala vida en Madrid*, nos entera de cosas infinitamente graves y abre una ventana por donde penetra luz que alumbrá siniestramente nuestro estado social. Los instintos del hombre son los mismos, de seguro, en todas partes; eran probablemente en las épocas más oscuras de la prehistoria muy poco diferentes de lo que hoy son; lo que modifica, diversifica y reprime esos instintos, son las circunstancias, la educación (en el sentido social de la palabra), el ambiente, etc. El número de personas fatalmente consagradas al crimen es menor de lo que se cree. ¿Acaso no existen naciones donde la criminalidad escasea, llega casi á desaparecer? (Suiza, el Transvaal). Sin aspirar á un ideal tan completo de moralidad, es necesario convenir en que la capa de estiércol, el terruño de barbarie, hace brotar la venenosa flora del crimen. Víctor Hugo tuvo una de sus intuiciones geniales cuando supuso que, pasando por un lugar sombrío y habiendo visto alzarse amenazadores en él dos maderos, los montantes de la guillotina, les preguntó su nombre, y el uno respondió «Ignorancia» y el otro «Miseria.»

No hay tierras que no pueda producir criminales; pero hay tierras que producen naturalmente, por ineludible ley, esa cosecha de hongos emponzoñados. ¿Por qué hemos de creer que existe en París alguna aberración, depravación ó monstruosidad desconocida en Madrid? En las mismas aldeas, en el Escorial, patria del *Chato*, ¿no hemos visto la corrupción romana, los refinamientos de Tiberio, dándose la mano con la mayor estupidez y la vida más animal y baja posible? Defendamos á la civilización de acusaciones infundadas. Que el vaso de iniquidad sea de barro grosero ó sea de cristal, ágata y oro..., siempre será mejor lo último. La grosería añade quilates al mal.

Nada falta en Madrid para un coleccionista de atrocidades; y no anda el vicio escaso ni oculto, ni estalla de repente, inesperado, el crimen: al contrario, el aire está infestado por sus emanaciones, la calle regada por la sangre que tan á menudo se vierte. El mujericidio es plato diario: ya no se lee, por monótona y aburrida, la sección periodística donde se refieren las fazañas de los Antonys, Otelos, Tenorios de plazuela y médicos de su honra baratos, que con la faca ó el revólver suprimen á la que se les resiste ó les tortura el corazón. Un rufanesco romanticismo inspira estas tragedias, que ya á nadie le importan un pitoche, pero que, por las revelaciones que encierran, deberían importarle mucho al sociólogo.

Y todavía esos mujericidas resueltos son la Tabla redonda, la aristocracia callejera del crimen. Ved la hampa, los falsos mendigos, los equívocos industriales, el inmenso rebaño de las infelices degradadas, los seres rebajados, torcidos, entregados á la abyección: ahí se recluta el ejército criminal. Mil veces habréis leído y escuchado que la mujer española será poco instruída, será atrasada, pero que, *en cambio* (¡válgate Dios por cambio!), conserva las virtudes del hogar, es sobre todo buena madre, madre apasionada y tierna. Pierdo la cuenta de los casos, recogidos en periódicos, de crueldades horribles de madres con sus niños. Ayer era una bruja que poco á poco va quemándole al pequeñuelo los ojos con substancias corrosivas, hasta cegarle; hoy — en el *Heraldo* que acabo de recibir — es una fiera, Rosa Bouzas, que envía á su hijo á pedir limosna, y cuando no trae á casa la cuota fijada de antemano, dos pesetas diarias, le ata á un banquillo y le golpea con un zuco, rompiéndole la cabeza y ensangrentando su cuerpo por varias partes. Las cuerdas que sujetaban á la víctima estaban tan hincadas, que para desatarle hubo que cortarlas con un cuchillo. Citemos textualmente: «En la casa de socorro, adonde fué conducido, el médico Sr. Durbán le curó de una herida de tres centímetros en la cabeza y contusiones en diversas partes del cuerpo, algunas producidas por los mordiscos de la desalmada madre.»

Esto no requiere comentarlo ni adornarlo; es de Shakespeare, de pies á cabeza; da escalofríos sin

necesidad de retórica. Pero todavía falta lo peor: al lado de la furia del infierno que acaba á mordiscos con el fruto de sus entrañas, la mansa Celestina que — según el mismo número 3.913 del mismo diario — vende á su hija de trece años por cien pesetas. ¿Hay quien crea que cien pesetas resuelven para nadie ningún problema económico? No; cien pesetas de la venta de una criatura son de seguro para el vicio, son para el alcohol; no son apreciables ante la codicia siquiera. Los autores de *La mala vida en Madrid* nos informan de la frecuencia de este inicuo trato, mejor dicho, trata, pues es renovar la esclavitud en medio de nuestra sociedad que la condena... verbalmente. Y la prueba de que es sólo verbalmente, la extraemos del propio *Heraldo*, que no tiene desperdicio. «El delito parece — y esto es gravísimo — que se ha sancionado en la Sección de Higiene del Gobierno civil...» «Se repiten con dolorosa frecuencia estos casos de inmoralidad y de barbarie...»

Siempre, buscando bien, encontramos la responsabilidad de arriba en la criminalidad de abajo. En España, sobre todo, donde la costumbre es creer que fatalmente ciertas clases son irredimibles y aceptarlas como se acepta el frío y el calor. Ha de haber pícaros, ha de haber patulea de galeotes, ha de haber un contingente fijo de malhechores y de criminales: eso proclama nuestra novela picaresca, nuestra literatura. Son esferas á las cuales no desciende el gobernante; tratándose de los miserables, el gobernante español cree que su misión está reducida á la represión cuando la juzga indispensable, y el resto del tiempo, al olvido y á la indiferencia. Las clases desheredadas son miradas como miran las amas de casa poco cuidadosas el desván: allí pueden hacinarse telarañas, suciedad, ratones, bichos; con tal que no salgan de allí, que no pretendan acercarse á los pisos donde vive la gente acomodada, lo mejor es dejarlos en paz, que se pudran en su propio jugo. La afirmación es triste cuanto verdadera.

Y un día, ¿qué digo un día?, casi diariamente, escápase del desván un bicho, un monstruo, la araña ó el ciempiés, y le vemos, con esguinces de repulsión, trepar mostrando su cuerpo disforme por las cortinas de seda ó las paredes vestidas de brocado. Mejor es limpiar el desván todos los días, llevar á él la luz y el aire, no desmayar en la tarea. Es lo del mal social como los microbios de la tuberculosis, de que tanto se habla actualmente. Parece, al pronto, que su número y su insidiosa pequeñez harían inútil toda campaña que contra ellos se emprendiera. Ello es, sin embargo, que las precauciones adoptadas contra los microbios, cuando son generales, surten efecto: la tuberculosis disminuye. No escupir en el suelo, airear bien, asear mejor, aislarse cada cual, no de un modo inhumano, sino de un modo acéptico, reduce la cifra de las invasiones de esa enfermedad terrible, á la cual sucumbe, según dicen, más de la tercera parte de la población. Es preciso rendirse á los hechos y tener fe en la campaña sanitaria.

Para remate de la crónica recojo estas dos perlas de cultura:

«De uno de los cuarteles de la guardia civil que hay en Madrid salía un oficial de dicho cuerpo, cuando un hombre le dijo atrevidamente:

— «Con ese trajecito no tendrá usted frío, ¿eeeh?»

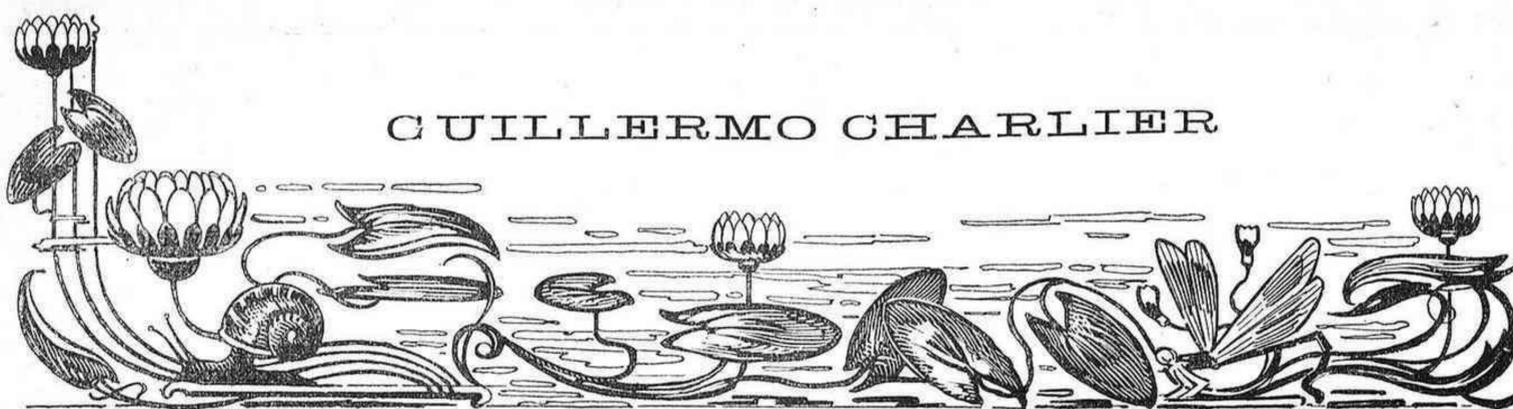
»El oficial no hizo entonces caso; pero al pasar nuevamente por el mismo sitio, el guasón repitió la broma. Sentó ésta tan mal á dicho señor que, agarrando de un brazo al que intentaba tomarle el pelo, le metió en el cuartelillo, donde le dieron una soba que encendía el ídem. El apaleado, según nuestras noticias, denunció el hecho, y por un Juzgado de Madrid se trabaja para dirimir este nuevo caso de derecho de broma y palos...»

«En las primeras horas de la noche pasada armó un escándalo en un aguadicho del distrito del Hospital el que fué inspector de policía Sr. Carbonell, declarado cesante hace varios días. Vino una pareja de guardias de seguridad, y como premio á su celo recibieron dos soberanas bofetadas, que les propinó el mismo Sr. Carbonell. Entonces detuvieron á éste y lo condujeron á la delegación de vigilancia citada, donde después de amarrarle con unas cuerdas, le dieron los guardias una paliza fenomenal, poniéndole el cuerpo lleno de contusiones y causándole una gran lesión en un ojo. Qué tal sería su estado, que el juez de guardia D. Luis Rubio Contreras tuvo que personarse en la delegación, donde tomó declaración al apaleado y maltrecho ex inspector de policía.»

Y así se entiende el respeto á la vida humana, á la ley, en nuestra corte. ¿Quién no ve la estricta y lógica correlación entre la delincuencia popular y la delincuencia oficial, en las esferas donde la legalidad debiera tener su asiento?

EMILIA PARDO BAZÁN

GUILLERMO CHARLIER



Sujeta la escultura á los cánones modernos, ha debido, cual la pintura, experimentar sucesivas transformaciones para efectuar la evolución que de consuno imponía el nuevo concepto artístico. Su misión, su objetivo, hállase hoy perfectamente definido. Ya no caben dudas ni vacilaciones, y el artista, sea cual fuere su acción, no puede olvidar que debe á la épo-

cuadros sociales, sin que por ello, ni en absoluto, abandone el amplísimo campo que el arte ofrece, según sea la esfera de su acción.

Bélgica, antes cuna de una gloriosa escuela y hoy digna de encomio por el esfuerzo de sus artistas, no podía permanecer estacionaria por lo que á la escultura se refiere, y la evolución operada en su vecina la república francesa, repercutió en los centros artísticos belgas de tal suerte, que la noble empresa realizada por los Rude, Rodin, Boucher, Barrau y otros, halló presto fervientes y entusiastas campeones. Entre ellos figura en primer término Guillermo Charlier, joven artista de grandes alientos, á quien se debe, en gran parte, la evolución operada en el arte escultórico flamenco. Sus obras *Plegaria* y *Miseria* produjeron viva impresión en el certamen artístico celebrado en esta ciudad en 1894, que se acrecentó en el de 1896 con la exhibición de su hermoso grupo *Inquietud maternal*, magistralmente modelado y hondamente sentido, augusta representación de la madre, que figura en el Museo Municipal de Barcelona.

Charlier ha abandonado los antiguos moldes, y al igual que el pintor de los cuadros de género y costumbres, modela y esculpe cuanto le rodea é impresiona, complaciéndose en la representación de tipos y escenas que entrañan sentimiento, que revelan dolores y sufrimientos, que expresan necesidades que socorrer y consuelos que prodigar. Es en cierto modo un artista apóstol, un sociólogo en el buen sentido de la palabra, que auna su indiscutible maestría como artista con la manifestación de una tendencia, resultando tan artista como psicólogo. Véanse sus notables producciones *Un voto*, representando á un acongojado padre con su tierno hijo en brazos, invocando de la bondad divina la curación del niño enfermo; el sentido grupo *Dolor maternal* y el de *El abuelo*, ambos modelados con singular facilidad, y se comprenderá á cuánto alcanza el distinguido escultor belga y la significación de la escuela en que tan gallardamente milita.

Otro aspecto ofrece, no menos digno de estudio, cual es el que aportan y significan sus notables bajos relieves, que á pesar de la limitación de los recursos escultóricos, aseméjense á las producciones pictóricas por la admirable disposición de sus planos, de manera que resultan verdaderos cuadros, con sus términos tan determinados que imponen el concepto de la distancia y el espacio, aparte del concienzudo estudio, que cual el de los *Pescadores varando su barca*, merece un caluroso aplauso.

Joven todavía, ha recorrido en un breve período de tiempo la senda en que otros han hallado escollos y tropiezos. Desde el año 1882, en que obtuvo el pensionado en Roma, su carrera artística ha sido una continuada serie de triunfos, puesto que sus obras han sido premiadas en cuantas exposiciones ha tomado parte, y algunas de ellas figuran en los museos de Bruselas, su ciudad natal, Dresde, Tournoi, Gante y Barcelona.

Los monumentos erigidos en Tournoi á la memoria del célebre pintor Luis Gallait y el existente en Bruselas dedicado á perpetuar el recuerdo del infortunado explorador Debruyne, asesinado en el Congo, atestiguan el alto concepto de que goza y contribu-



El célebre escultor belga GUILLERMO CHARLIER



DOLOR MATERNAL, grupo escultórico de Guillermo Charlier

ca en que vive y á la sociedad en que actúa el tributo que le corresponde. Las corrientes que en todos los países imperan obliganle á ser algo más que hábil ejecutante; precisa que á las reglas, á los moldes y recursos de la técnica, se una el concepto, el esfuerzo intelectual del artista, que en otra forma que el escritor, ha de llenar un cometido importante, expresando cuanto retrate el medio en que vive, elevando el espíritu de sus conciudadanos y fustigando vicios y defectos por medio de la representación de

yen á justificar sus envidiables aptitudes é indiscutibles merecimientos.

La labor realizada por Charlier puede sintetizarse haciendo constar que tanto sus primeros estudios académicos cuanto sus producciones, tan sentidas como inspiradas, cobran forma, adquieren líneas, contornos y honda expresión entre los dedos del artista, que transmite á sus obras el esfuerzo de su genialidad y el caudal del sentimiento que le embarga como pensador y devotísimo y ferviente cultivador del arte. De ahí la impresión que determinan sus esculturas porque en ellas adivínase su personalidad, hállase impreso el sello que constituye su característica y se distinguen por ese algo de bello y grande que revela el alma y la imaginación de un artista de temperamento, que sin otro norte ni estímulo que sus ideales, prescinde de las minucias para expresar fielmente cuanto observa y le impresiona.

Desde el año de 1894 conocíamos las producciones del esclarecido artista. El azar nos procuró la ocasión de conocerle personalmente, y aunque breve nuestra relación, casi momentánea nuestra entrevista, pudimos observar que las producciones de Charlier son la expresión fiel de sus sentimientos, la manifestación de un espíritu culto y delicado, de un artista pensador y modesto, que á pesar de su gloriosa reputación artística, sólo aspira á interpretar su pensamiento, sin parar mientes en el aplauso, y en los tranquilos goces del hogar y el afecto y consideración de sus amigos.

A. GARCÍA LLANSÓ.



BAJO RELIEVE DEL MONUMENTO ERIGIDO AL EXPLORADOR DEBRUYNE, obra de Guillermo Charlier

MADRID

LOS GRANDES BRIBONES

Trátase de una historia sencillísima y ajustada á la verdad de los hechos, y que si algún interés inspira, más que la rareza del caso muestra el contraste de la mudable fortuna, que suele dar sus favores al menos merecedor.

Eran felices tanto como lo pueden ser en este bajo mundo dos personas nacidas para amarse, y nada turbó la dicha de sus primeros juveniles años.

Al lado de sus padres, acomodados labradores de Villaluenga, creció Juan Pino fuerte y robusto, sin ambiciones de mayor riqueza ni otros anhelos de gloria que no estuviesen dentro de lo que se imaginaba complemento de su vida y dulce deber de su conciencia. Y así en él iban á la par el firme ánimo de casarse con Cristina lo más pronto posible, y el de no separarse nunca de los dos viejos, que á fuerza de ahorro y trabajo le habían reunido una regular hacienda.

Toda sería para la elegida de su alma, que si por lo referente á fortuna no se igualaba con Juan Pino, pues no tenía sobre qué caerse muerta, dado que era huérfana de padre y madre y éstos al morir se llevaron la llave del pan, en punto á prendas personales poseía un caudal y formaba en primera línea entre las muchachas del pueblo, y cuenta que en él las hay frescas y pulcras, sin arameles en los bajos, ni toba en el nácar de los dientes, ni postizos embelecados que finjan las redondeces del cuerpo. Y si los negros ojos, el esbelto talle y el gracioso conjunto no bastaban para hacer de Cristina un dechado de perfecciones y encantos, venía luego su bondadoso carácter, que elevaba éstos á la quinta potencia y aguzaba en Juan Pino el deseo inmediato de llamarla suya de por vida.

¡Qué de planes y proyectos los de Juan y Cristina cuando al caer de la tarde, sentados á la orilla del riachuelo que cruza el lugar, hablaban de sus amores en voz baja, como temerosos de que la corriente los oyera y se los llevase! En la casa grande, la que da á la plaza, vivirían todos; los padres en el piso de arriba y ellos en el de abajo, bien arreglado y pulido con muebles limpios y recién hechos. Dedicaríase él solo á las faenas del campo, pues el padre ya estaba para poco y en justicia debía descansar, y ella al alivio de la pobre vieja, que casi había perdido la vista en fuerza de usarla y trabucaba las cuentas por des-

gaste de la memoria. La renta que produjesen las dos huertas del ruedo, para que Cristina se pusiera maja y fuese haciendo sus ahorrillos, que guardaría en el arcón de roble que el padre conservaba como sagrada reliquia y que de seguro habría de ser uno de los regalos de boda.

¡Regalos de boda! A seguir Juan sus impulsos, los que él la comprase darían quince y raya á los más sonados de que hubiera recuerdo en la comarca. Arracadas de perlas para aquellas orejitas que semejaban dos capullos de rosa. Una sortija de oro macizo, como las que dan á sus novias las gentes principales cuando se casan. Un collar de corales parejo al de la señora Gertrudis, la mujer del alcalde, que es hembra de garbo y de gustos finos, y sobre esto el regalo de su corazón, en el cual Dios había puesto tesoros de amor y firmezas de roca diamantina.

Oía Cristina á Juan embohada y arrimaba su cariño al cariño del muchacho, como si felicidad tan

grande se le fuese á escapar; porque si él la faltaba, ¿qué sería de ella sin familia que la protegiese ni sombra que la cobijara?

Pero ¿á qué pensar en cosas tristes? Celebraríase la boda de allí á poco, y si los viejos la aplazaban con palabras de «mañana será,» ello era con el fin de que Juan supiera ganarse la vida y se hiciese hombre, mas nunca por causa de desprecio á la joven, cuyas cualidades estimaban en su justo valor. Y llegó un día en que los padres de Juan cedieron: él porfiado y ellos blandos de voluntad, cayeron todos en la fecha aproximada del casamiento, que se verificaría no bien se completase el pago del molino que el padre de Juan adquirió del Estado. Si las cosechas permitían satisfacer los plazos de una vez, mejor que mejor, y si la naturaleza les negaba sus favores..., á prestar paciencia, que cuatro años pronto se consumen y la certeza de la ventura alivia y endulza los más áridos trabajos.

Con esto viniéronse á buenas Juan y su novia, conformando su impaciencia por la cuenta de los días que dejaban á la espalda y pidiendo un milagro que los acordase é hiciera llegar en un santiamén la suspirada coyunda. Pero en vez del milagro llegó la catástrofe, y fué que aquel riachuelo, manso y tranquilo, que cruzaba el pueblo, almacenó aguas torrenciales que una noche, como de un dique roto, prorrumpieron inundando campos, arrasando cosechas, hundiendo habitaciones y sumiendo en la más espantosa ruina á casi todos los vecinos de Villaluenga, entre ellos á la familia de Juan Pino.

Y adiós planes de boda. ¡Sí, para pensar en bodas estaban aquellas gentes que anochecieron ricas y amanecieron más pobres que las hormigas! Mas como ni Juan ni sus padres eran de los que se entretienen en ayear por lo perdido, esperando que de las estrellas les caiga el remedio, al punto emprendieron la reposición de su bien, y para conseguirlo tomaron dinero á réditos, ya que propio no lo tenían, con la ilusión de que la próspera tierra pagaríales el préstamo y sus costas. La tierra, sin embargo, dió en negarles sus mercedes, y de allí á poco las deudas creciendo y los recursos menguando, vióse la desdichada familia de Juan obligada á vender cuanto le quedaba, y en la precisión de ganar su diario alimento con su trabajo personal. Para colmo de males,



INQUIETUD MATERNAL, grupo escultórico de Gabriel Charlier



VARANDO LA BARCA, bajo relieve de Guillermo Charlier

que en tirando de uno salen todos, entró el muchacho en quintas, tocóle ser soldado y no hubo sino cargar con el chopo y marcharse á Cuba con otros mozos de su pueblo, dejando en él los pedazos de su alma.

Su vida en aquella sima donde tantos infelices la



EL ABUELO, grupo escultórico de Guillermo Charlier

perdieron no tuvo un momento de reposo. Ser insignificante en medio de los que como él padecían, sin los entusiasmos de la idea, que suele trocar en héroes á los más apocados y pusilánimes, sirvió punzonoso á su patria, fijo siempre el pensamiento en los que por él rezaban y ansiando abandonar el suelo ingrato que iba poco á poco tragándose á sus compañeros de infortunio. Con este perpetuo afán recorrió la isla de punta á cabo: de las balas enemigas escapó, y durante mucho tiempo pudo soportar las privaciones y el mortífero clima, hasta que unas pertinaces calenturas debilitaron y rindieron su cuerpo, postrándole en el hospital de Santiago de Cuba.

Extenuado y maltrecho Juan Pino salió de allí, y no valiendo para el servicio activo tomóle al suyo un cierto caballero que mangoneaba de lo lindo en la administración de suministros al ejército, llamado D. Celedonio Candelas, mucho más granuja que su homónimo famoso.

Las cosas que Juan Pino, nada tonto, percibió al lado de su amo al término de nuestra dominación en la Gran Antilla; los enjuagues y gatuperios de que se percató, todos ellos dirigidos á hacer caudalosa granjería del aprovisionamiento y manutención de unos pobres hombres á quienes apenas llegaba el menguado condumio, que luego había de valer mil veces más que su verdadero coste, produjéronle náuseas y aversión profunda hacia aquel hombre, del cual se apartó para batirse de nuevo y recibir una herida que á pique estuvo de darle el finiquito de sus males.

Con una remesa de carne humana, tan desangra-

da y flaca como la suya, volvió Juan Pino á España, encaminóse al pueblo, y recelando preguntar por sus padres y por Cristina, de quienes no había tenido noticias desde que cayó enfermo en Santiago, sentóse, para rehacer el ánimo cobarde, en las gradas de una ermita que hay á la entrada de Villaluenga. Allí le encontró un conocido y por él supo lo que más le valiera no saber.

¿Sus padres? En el hoyo grande. No pudieron resistir la ausencia del hijo adorado ni el duro yugo del trabajo, y ambos, uno en pos del otro, fueron al cielo, figurándose que allí quizá los recibiría su Juan con los brazos abiertos, y en los labios el beso que al morir le enviaron y que él les guardaba, de seguro, para devolvérselo centuplicado.

¿Y Cristina? Nadie le pudo decir qué era de ella. Mientras los viejos vivieron, Cristina sirvióles de consuelo y amparo. Después de muertos, se marchó á la capital de la provincia con el propósito de entrar á servir, y luego... nada. Corrió la voz que unos señores linajudos se la llevaron á Madrid; pero á ciencia cierta ignorábase el paradero de la joven. Juan, entonces, agotó los medios de averiguarlo; y convencido de lo estéril de semejante tarea, entregóse á la desesperación y envidió la suerte de aquellos que se quedaron sepultados en la manigua. Por fortuna suya, pronto los seguiría. El nudo de la vida se le iba deshaciendo más que aprisa, y á poco que él ayudara...

Un labrador, antiguo deudo de la familia de Juan, dióle ocupación y jornal modesto con que fué por espacio de dos años tirando de su pesada existencia. Cierta día apareciósele en forma de buhonero la más halagüeña esperanza. El tío Cartucho, vendedor ambulante que hacía sus compras en Madrid, había traído al pueblo la noticia de que Cristina estaba en la corte. ¿Dónde? ¿En qué sitio? ¿Cómo podría encontrarla? A tanto no llegaban los informes del buhonero; pero un hombre que quiere de veras á una mujer la busca aunque se oculte en las entrañas de la tierra.

Pues á Madrid; á registrar todos sus rincones y á meter la vista por todas partes. ¿Pretexto y motivo para el viaje? Justamente Juan poseía unos papелotes que en Cuba le dieron y que representaban la liquidación de sus alcances, de los cuales no se cuidó porque su cobro era tan difícil como escalar la luna; y si con alguna influencia que se proporcionara podía realizar tal prodigio y convertirlos en dinero contante y sonante, y por añadidura tropezaba con Cristina, bendeciría aquel resquicio de felicidad por donde la Divina Providencia le mostraba su protección...

¡Dios poderoso, cuánta gente tiene Madrid! Debiera fijarse en la puerta de cada casa una lista con el nombre de sus moradores, y así no se rompería uno los cascos tras el domicilio de la persona á quien se desea ver con febril impaciencia. Y por lo que hace á cobrar dineros que el gobierno debe, ¡ya escampa! También á las pesetas sería conveniente ponerlas el nombre de su legítimo dueño para que no se fuesen á otros bolsillos.

Rodando de acá para allá, en pos de unos cuartos que nunca tocaba y de aquella mujer que en ninguna parte la veía, consumió Juan Pino tres mortales meses, con más los pocos recursos que en el pueblo reunió; y entonces, solo entre la multitud, sin un brazo fuerte que le prestase auxilio, pensó dejar voluntariamente una vida tan larga para aquel cuyos pasos siempre se le vuelven atrás y tan corta para el que todo deseo es realidad y todo propósito triunfo seguro.

¿Manera de ejecutar su plan suicida? Dejarse morir de inanición. Cuarenta y ocho horas llevaba sin probar bocado; y resuelto á no mendigarlo, buscó una noche la calle más oscura, se echó en el suelo y cerró los ojos decidido á no abrirlos más. ¿Para qué los había de abrir? ¿Para ver su desdicha?

La debilidad fué nublando sus sentidos y potencias. El instinto de conservación pedíale á voces el supremo esfuerzo que el vivir exige; pero los resortes del cuerpo no regían, y estando en este trance le entró un desmayo y perdió el conocimiento.

Cuando recobró una vislumbre de razón, hallóse recostado en los umbrales de un hotel de hermosa apariencia. ¿Quién le condujo á aquel punto? No lo podía recordar, pues las ideas tan pronto se le amontonaban como se le perdían en tropel. En torno suyo veíase un corro de gente que le contemplaba absorta.

—Será un borracho, dijo uno de los circunstantes.
—Vamos. Levántate y á casa á dormir la mona, interpuso el sereno de la calle, empujando á Juan Pino con la contera del chuzo.

—Gachó, valiente *tomiza* tas cargao, exclamó un *golfo*.

—No seáis brutos, interrumpió una mujer del pueblo acercándose á Juan y tomándole una mano. Lo que tié este probe es hambre atrasá.

—Calla, pus quizá que tenga razón la Usebia, añadió un mozo de mala catadura, cogiendo el farolette del nocturno vigilante y aproximándolo á la cara del muchacho.

—¡Eh! ¡Eh!, gritó entonces un cochero que conducía soberbia berlina tirada por dos briosos caballos.

Los concurrentes se apartaron, paróse el vehículo á la misma puerta que obstruía el cuerpo exánime de Juan Pino y bajó una mujer elegantemente vestida.

Verle y exhalar un gemido de dolor pasó en un solo tiempo. Al momento ordenó que el lacayo y el portero colocasen al joven en una silla, y con mil precauciones fué conducido al piso principal donde la dama habitaba. En un espacioso cuarto le introdujeron, acostáronle en lujoso lecho y le prodigaron todo género de cuidados para hacerle recuperar el uso de aquellas facultades que habían huído de él... ¡Inútil empeño! Su agotada naturaleza negábase á los remedios que le daban. La noción del conocer claro y preciso no acudía, y la memoria llegaba á su cabeza como si subiese por peldaños desiguales, cayendo precipitadamente al abismo de la nada cuando parecía haber ganado el más alto de ellos.

Por fin se despidió de su escasa voluntad y se abandonó á una grata ilusión que á modo de delirio agonizante le cogió y que iba tomando en su fantasía apariencias de realidad clarividente. Y creyó percibir junto á su lecho y de hinojos á una mujer hermosísima, fiel trasunto de Cristina, que se apoderó de su mano derecha, sobre la cual sentía Juan caer gotas de agua tan ardorosas que le abrasaban la piel... Sí, aquella debía ser la dulce compañera de su infancia, que en el último instante de su vida acudía, por designios de piadosa complacencia, para expresarle la grandeza de su amor, y luego conducirlo á la región eterna, donde las horas del bien no se miden y donde la verdad resplandece.

Pero ¿por qué le pedía perdón? ¿Por qué mezclaba con acentos apasionados palabras de disculpa?



UN VOTO, grupo escultórico de Guillermo Charlier

¿Acaso los ángeles del paraíso han menester de la gracia humana? ¿Qué delito pudo cometer la celestial criatura para que así demandase la remisión de un pecado que él ni siquiera concebía?... La soledad, el abandono, las noticias que llegaron de su muerte... ¿Qué frases eran estas que se le metían á Juan en el corazón y lo apocaban? ¡Fuera, fuera pensamientos de duda! ¡Puesto que es preciso morir, á morir creyendo en la virtud y en el amor y en la fe jurada...

Para decirlo así á Cristina, cuyo aliento entrecortado se evaporaba en los labios del moribundo, hizo

Juan un violento empuje, puso en sus ojos la postrer llamarada de pasión, y cuando sintió el beso que respondía á su infinito querer se rompió el lazo que soldaba su alma bondadosa con su cuerpo miserable.

A las tres de la madrugada volvió el ilustre don Celedonio Candelas, cuya era la casa en que Juan Pino dejó de existir.

Venía el hombre loco de júbilo. Por la mañana cierto pelafustán, testafarro suyo, había cobrado doscientos mil duros en abonarés de Cuba que el gobierno bonachón pagó tan tranquilo, y por la noche una *continuación* del *baccarat* que tomó en la Peña hízole ganar cincuenta mil pesetas.

Con objeto de festejar estas nuevas penetró en el tocador de Cristina, á quien encontró llorando y en estado lastimoso.

Lo que entre el antiguo amo de Juan Pino y la muchacha ocurrió se ignora por completo. Ello es que al día siguiente Cristina salió de aquella casa, y que los amigos del opulento *banquero* se hicieron lenguas de sus caritativos sentimientos por haber recogido y ayudado en sus postrimerías al infeliz joven que fué criado suyo en Santiago de Cuba.

¡Qué corazón tan hermoso encerraba en su pecho aquel simpático y respetable D. Celedonio!

MARCOS ZAPATA.

REPÚBLICA ARGENTINA

BUENOS AIRES

JUBILEO DEL TENIENTE GENERAL

DON BARTOLOMÉ MITRE

El gobierno de la nación, presidido por el teniente general D. Julio A. Roca, conociendo la popularidad y alta estima en que el pueblo argentino tiene al venerable anciano D. Bartolomé Mitre, queriendo captarse simpatías y como acto de trascendental política, quiso unirse á los festejos preparados, decretando, con bastantes días de anticipación, feriado el 26 de junio, fecha en la que cumplió ochenta años el eminente hombre público y día destinado por el pueblo para dedicarle inusitado homenaje en celebración de su jubileo.

Los festejos resultaron de tal grandeza y magnificencia, que muy bien puede considerarse el teniente general D. Bartolomé Mitre haber asistido á su propia glorificación, á su apoteosis gozada en vida; en pleno uso de todas sus facultades; fuerte de cuerpo y vigoroso de espíritu; con ansiedades y energías para el porvenir y con anhelos vehementes de continuar su laborioso trabajo para llegar dignamente á la meta que el Destino honrando al Talento le tiene preparado en los fastos de la historia argentina. Porque el general Mitre no es hombre que duerme sobre sus laureles, y á pesar de lo avanzado de la edad, el trabajo es para él necesidad, recreo y misión. Y si como ciudadano ha conseguido alcanzar cuanto es dable á la ambición de un espíritu superior, como patriota, estadista, político é historiador comprende que se debe por completo á la patria, y que debe persistir en su labor hasta el completo aniquilamiento de sus fuerzas ó hasta el fin de sus días.

No hay duda que como político pudo equivocarse pluralidad de veces, pero siempre guiado por la nobleza de sus pensamientos y bondad de su corazón; amante siempre de las evoluciones naturales y lógicas, generalmente beneficiosas al país, y no de las violentas, que hasta siendo justas traen consigo días de luto á la familia argentina y retraso obligado en el desarrollo industrial, financiero y económico de la República.

Reconocidas las altísimas dotes de pensador que adornan al ilustre general y sabida la hermosa y honrosísima historia de su vida política y gubernamental, amén de sus preclaros hechos, de sus virtudes cívicas, de sus obras literarias é históricas, era de esperar el entusiasmo cariñoso con que todos los estamentos político-sociales de la capital federal, del interior de la República y de las vecinas Uruguay y Paraguay contribuyeron á darle un día de gloria verdadera, anhelando todos depositar una flor en el umbral de su casa y desearle continuada felicidad y

largos años de vida; deseos justísimos para el hombre que guarda entre sus hechos más brillantes el de haber subido á la presidencia de la República muy escaso de bienes y haber salido de ella pobre del todo; al punto que amigos y correligionarios tuvieron que regalarle la modesta casa donde vive y fundarle *La Nación*, diario que por su cultura, por su discreción y altitud de miras es de los que más honran á la América latina. Y tales timbres no los olvidan los pueblos, y menos ahora, en la época presen-

pronto rebosaron de flores depositadas por el pueblo, ansioso de demostrarle sus afectuosos sentimientos.

Desde las primeras horas de la mañana empezaron á concurrir al domicilio de D. Bartolo — como le llaman cariñosamente sus amigos — parientes y correligionarios, comisiones civiles y militares, comisiones y más comisiones, admiradores todos del grande hombre y todos con su respectivo discurso, resultando agobiador el número de oradores, que fué, sin duda, lo único que amargó aquel memorable día al bondadoso general: el exceso, el diluvio de oratoria que se le vino encima.

A mediodía llegó el presidente de la República D. Julio A. Roca y los ministros, y poco más tarde la cabeza de la manifestación popular, en la que tomaron parte todas las sociedades extranjeras con bandas, orquestas y estandartes, no bajando de veinte mil los concurrentes; manifestación sólo comparable, por su grandeza, á la que tuvo lugar á su llegada del viaje á Europa á raíz de los sucesos sangrientos del año 90.

A nombre de los manifestantes habló uno solo, y por cierto que lo hizo bien, corto y oportuno, dando motivo para que el anciano general pronunciara un discurso que resultó verdadera joya político-literaria por la elevación del concepto y la sencillez de estilo.

Los numerosos objetos regalados al viejo Mitre — como le nombra en su rudeza afectuosa el pueblo — han constituido una curiosa exposición en los salones del diario *La Nación*, visitada constantemente por numeroso público.

Y todos los festejos realizados en la capital federal han sido, al mismo tiempo, repetidos en casi todas las capitales y ciudades del interior; y pocas poblaciones cuenta hoy la República Argentina en que el nombre del ilustre patricio no adorne alguna calle ó plaza; merecidísimo premio al valiente militar, al discreto político, al gran estadista, al profundo pensador, al honrado gobernante, al buen poeta, al insigne historiógrafo y al cultísimo é infatigable escritor, honra y gloria de la República Argentina.

JUSTO SOLSONA.

Buenos Aires.

EL ALCARAVÁN ZANCUDO

¿Por qué le llamaban así?

Era un hombre derecho como un huso, que andaba muy bien..., ¡todo un buen mozo! Además tenía el alma muy bien puesta, y por lo tanto, gozaba fama de valiente. Su fortuna la adquirió trabajando, de modo que no se hizo para él aquel refrán que dice que «algo ajeno no hace heredero», porque á sus hijos había de dejarles al morir lo que era muy suyo y muy bien ganado.

Y sin embargo, el vecindario del pueblo adonde se fué á vivir abandonando la ciudad, le llamaba como el título de este cuento, que mejor pudiéramos llamar sucedido. Y como era hombre de malas pulgas, su santa mujer estaba siempre con el alma en un hilo, temiendo que

algun insolente (y en los pueblos abundan) hablase alguna vez de aquello y hubiera un disgusto, porque, como suele decirse, «anda el almohaza y toca en la matadura;» que á veces entre amigos se suelta una frase á la descuidada, que echa una honra por los suelos.

Fijándome yo en el rostro al par bondadoso y enérgico de D. Severo, que así se llamaba el hacendado de Fuentidueña de quien me ocupo, y observando lo ligero que iba de la era á su casa, intenté saber de su vida, preguntándole cosas á su apoderado ó administrador, ó lo que fuese, quiero decir, á un tal Fulgencio, que era el *alter ego* de mi D. Severo, porque corría con todos sus asuntos, le acompañaba en los viajes, pagaba á los trabajadores, cobraba las rentas y servía á la mesa.

Y Fulgencio me dijo:

— Este señor y amo mío es muy desgraciado.

— Lo adiviné en cuanto le conocí, y le anuncié á mi familia que á D. Severo le ocurría algo misterioso.

— «Adivino de Valderas, cuando corren las canales, que se mojan las aceras,» dijo Fulgencio sonriendo.

— ¿Cómo?



EL GENERAL D. BARTOLOMÉ MITRE

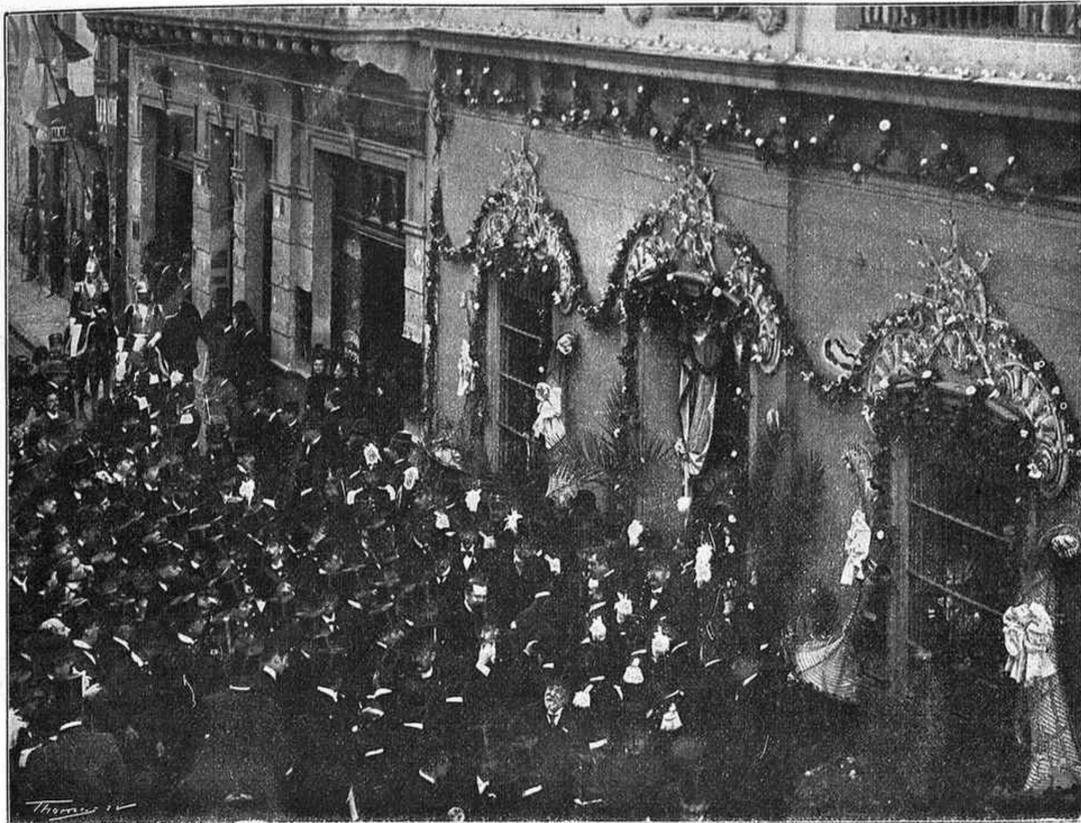
De fotografía hecha el mismo día en que el general cumplió ochenta años, remitida por D. Justo Solsona

te, con tan tristes ejemplos de exagerado positivismo entre gobernantes.

La comisión elegida para llevar á cabo la manifestación popular, compuesta de caracterizados caballeros argentinos, presididos por el ex presidente de la República D. José E. Uriburu, preparóla con tal acierto que resultó brillantísima. Además, la municipalidad tomó buena parte en la fiesta dando el nombre de «Bartolomé Mitre» á la calle que hasta entonces llamóse de «La Piedad;» colocando una hermosa placa en la casa donde nació el eminente general, situada en la esquina de Suipacha y Lavalle; adornando algunas calles é iluminando por la noche los edificios públicos, iluminación que se extendió á gran número de casas particulares, Sociedades, Clubs, Bancos y casas de comercio, en todos los cuales lucían infinidad de banderas.

A la salida y á la puesta del sol se dispararon salvas de veintitún cañonazos en cada una de las secciones en que se divide el municipio.

La fachada de la casa donde reside el general Mitre fué adornada con flores, y en la parte baja se dispusieron dos grandes y artísticas *corbeilles*, que



REPÚBLICA ARGENTINA. BUENOS AIRES. - JUBILEO DEL GENERAL MITRE CON MOTIVO DEL OCTOGÉSIMO ANIVERSARIO DE SU NATALICIO. LLEGADA DE LA MANIFESTACIÓN FRENTE A LA CASA DEL GENERAL (de fotografía de la galería de «Caras y Caretas,» remitida por D. Justo Solsona).

- ¡Que no era difícil adivinar lo que no ignora nadie, viviendo en un pueblo! Pues... desde el día en que usted llegó, ¿no oyó el mote que le ponían?

- Pero ignoraba é ignoro el origen.

- Nada más sencillo. Don Severo es casado, como usted sabe, y tiene un hijo que ha cumplido hace poco veinticinco años; y este hijo, por el que se ha sacrificado gastándose en su educación muchos miles de duros, es muy bueno y muy honrado. ¿Comprende usted?

- Sí, señor.

- Pero sucede que don Severo se casó muy joven, y si el hijo tiene veinticinco años el padre tiene cuarenta y seis..., y todavía no ha querido, como suele decirse, cortarse la coleta... Vivíamos en Valladolid, adonde se trasladó mi amo desde Madrid porque decía que en una provincia había menos peligros de perdición para el muchacho, que fué como «descalabrar al alguacil y acogerse al corregidor,»

porque más vicios hay en las ciudades que en la corte y más en las aldeas que en las ciudades. Donde no hay vida ni movimiento ni grandes distracciones, el hombre discurre diabluras para pasar el tiempo, y esto ha sucedido desde que hay mundo.

Pues en Valladolid, el muchacho comenzó á estudiar menos que en Madrid, y á entrar en casa á deshora, y á concurrir á los garitos..., y naturalmente, D. Severo, que lleva muy bien puesto el nombre, le echaba unos sermones terribles, y á pesar de que el chico ya tenía bigote y estaba en la edad en que todas aquellas cosas parecen naturales, le castigaba como á un niño, y hasta llegó un día á afrentarle en público, en medio de la plaza, que fué un escándalo de los gordos. Disculpábase el muchacho de haber pasado una noche fuera de su casa, pretextando que era martes de Carnaval, y recordando sin duda lo de «alegrías, antruejo, que mañana será ceniza;» pero D. Severo, furioso, después de colmarle de improperios, le tuvo encerrado en casa una semana, sin que sirviera de nada la intervención de su santa madre.

¿Qué había de suceder? Lo que está en la naturaleza humana. Apenas salió el muchacho á la calle, se echó á buscar nueva diversión..., y entonces sucedió lo que va usted á oír, pero no á repetir ni recordar delante de mi amo.

- No, señor, no, de ninguna manera.

- Pues era segundo domingo de cuaresma, y la señora había despedido á la criada porque la vió cosiendo en día de fiesta unas cosas que tenía atrasadas, sin duda por ser la tal reflejo de «la albendera, los disantos hilandera,» como decía mi madre...

- Basta de refranes y vamos al caso.

- Era segundo domingo de cuaresma, y el señorito dijo que estaba convidado á comer con unos amigos, y que no le esperasen á la hora de costumbre. Precisamente aquel día su padre también estaba convidado á comer fuera, y se marchó temprano de casa, de modo que no se enteró de la ausencia de su hijo. La señora comió sola aquella tarde y yo la serví.

El señorito fué á comer con cuatro alumnos del colegio de caballería á un gabinete particular del restaurant más caro de la ciudad, y con ellos comían unas coristas de la compañía que actuaba en el teatro, y que aquella noche hicieron rabona; y entre bromas y risotadas le recordaban al hijo de D. Severo el escándalo aquel que le dió, y los consejos que le estaba dando siempre, «cuando el D. Severo, dijo una de las mozas, podía aplicarse los consejos á sí mismo.»

- ¿Y por qué?, preguntó el hijo algo molesto de que trataran mal á su padre, pues ya le he dicho á usted que es un poco calavera, pero muy buen muchacho.

- ¿Por qué?, respondió otra de las que allí estaban; por que de tu padre puede decirse aquello de «alcaraván zancudo, para otros consejo, para ti ninguno.»

- A mi padre no hay que ofenderle, exclamó el señorito. Y en esto estaban, cuando entró un camarero que no conocía al hijo de D. Severo, y oyendo hablar de éste dijo:

- ¡Buen punto está el señor ese! Ahí en otro gabinete particular se ha encerrado á las seis de la tarde con una buena moza...

Oír esto su hijo y levantarse como si le hubiera picado una víbora, fué todo uno. Quisieron contenerle sus amigos, rieron las mujeres, y el hijo á la vez ofendido y avergonzado, fué corriendo á abrir todas las puertas cerradas que encontró á su paso, y en una de estas, ¡paf!, se encontró de manos á boca á su señor padre con una real moza bebiendo de lo caro.

No le dijo nada, ni el padre se atrevió tampoco á decir una palabra; el hijo se retiró llorando y el padre quiso marcharse á toda prisa; pero ya el escándalo

estaba dado, y la corista aquella repetía: ¡Alcaraván zancudo! ¡Alcaraván zancudo!

Desde el día siguiente le llamó así toda la ciudad, y mi pobre señor, indispuesto con su hijo y sin autoridad ninguna en su casa, se vino á este pueblo, donde ya conocen el mote que por allá le pusieron, pero no se atreven á hablarle de eso, unos por miedo y otros por respeto...

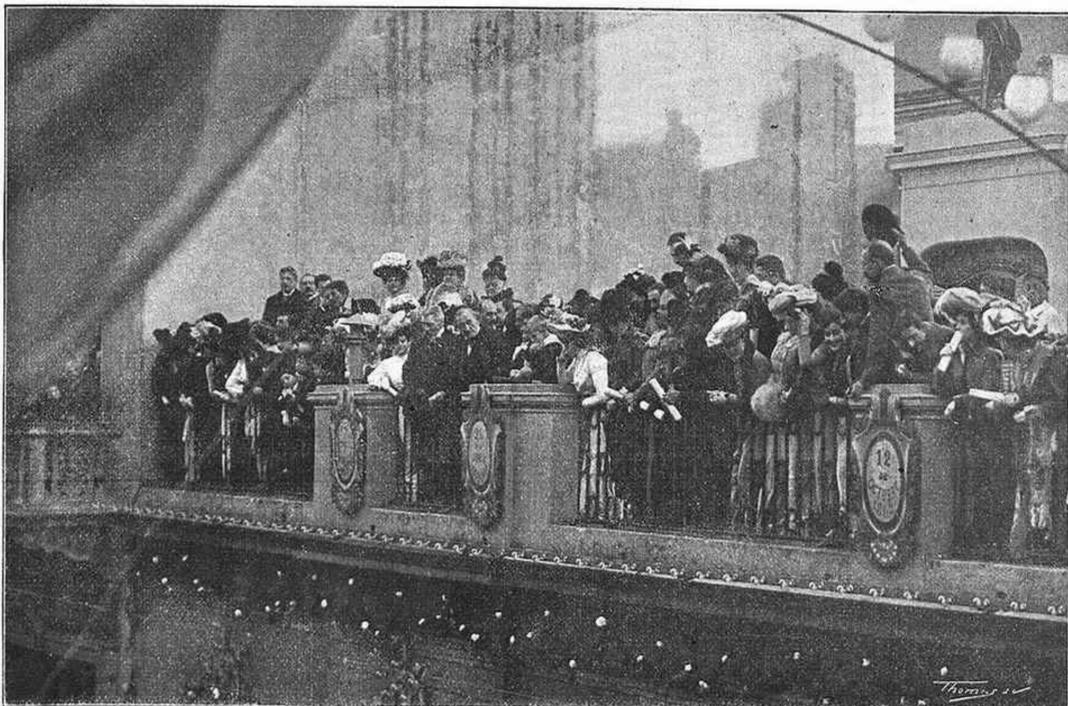
Y cuando Fulgencio me estaba contando esto, pasó D. Severo y me saludó, y dijo una mujer desde una puerta:

- ¡El alcaraván va á las viñas!

Y D. Severo ni siquiera volvió la vista, y apretó el paso...



JUBILEO DEL GENERAL MITRE. - EL GENERAL RODEADO DE TODO EL PERSONAL DEL DIARIO «LA NACIÓN» (de fotografía de la galería de «Caras y Caretas,» remitida por D. Justo Solsona)



JUBILEO DEL GENERAL MITRE. - EL GENERAL PRESENCIANDO LA MANIFESTACIÓN DESDE EL BALCÓN DE SU CASA (de fotografía de la galería de «Caras y Caretas,» remitida por D. Justo Solsona)

EUSEBIO BLASCO.

CIENCIA

CIENCIA

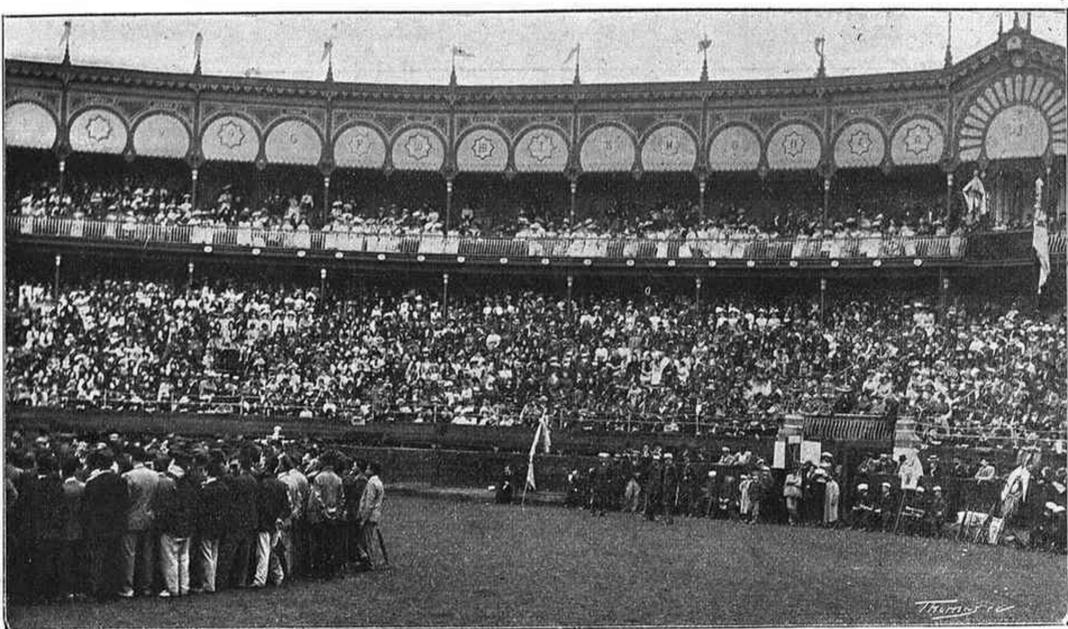
CIENCIA



LA PESTE DE ROMA, CUADRO DE A. HIRSCHL

NUESTROS GRABADOS

La emperatriz Federico, fallecida el día 5 de los corrientes en el castillo de Friedrichshof. — La Emperatriz viuda del Emperador Federico III de Alemania y madre de Guillermo II falleció en la tarde del 5 de este mes, á las 6 y 15, á la edad de 61 años, á consecuencia de una enfermedad de las entrañas que padecía de muchos años á esta parte. La Emperatriz, que acaba de morir en el palacio de Friedrichshof, era la hija mayor de la Reina Victoria. En su infancia, que transcurrió en el palacio de Windsor, había dado frecuentes pruebas de franqueza y de independencia, circunstancias que constituían el fondo de su carácter. La anécdota siguiente demuestra bien lo que era entonces la futura Emperatriz: «La Reina Victoria alentaba con todas sus fuerzas la afición á la jardinería que notaba en sus hijas; pero, sorprendiendo un día á una de ellas en disposición de manejar la podadora con las manos cubiertas con finos guantes de color claro, no pudo menos de decir: «Cuando yo era niña, tenía pasión por la jardinería; pero me ponía guantes viejos para entregarme á esa ocupación. — Perfectamente, madre mía, contestó sin turbarse la que debía ser esposa de Federico III; pero vos no habéis nacido princesa Real de Inglaterra.» La jardinería no era naturalmente la única preocupación de la princesa Victoria. A la edad de trece años desempeñaba junto al príncipe Alberto, su hermano, cargos de alta confianza «Su hermano le hacía leer, dice Mme. Catalina Lee en la «Woman at Home.» toda la correspondencia política que recibía de los personajes más importantes de Europa y del Nuevo Mundo y le entregaba luego una copia de sus contestaciones. El príncipe Alberto se empeñó también en dar por sí mismo á su hija un curso de economía política. «Vicky (este era el diminutivo en uso en la intimidad de la familia para designar á la princesa Victoria). Vicky está muy ocupada en estos momentos, aprende una infinidad de cosas — escribía el príncipe heredero de la Corona de Prusia algunos meses antes del matrimonio que había de unir las casas Reales de Londres y de Berlín. — Todas las tardes, de cinco á seis, viene á encontrarme y le doy una especie de enseñanza universal. Para poner claridad en sus ideas, la invito á que ella misma trate por escrito las materias en que se ocupa y le corrijo en seguida su trabajo. En la actualidad está redactando un sucinto resumen de la historia romana.» De su enlace con el príncipe heredero de Alemania, que se celebró en Londres en 28 de enero de 1858, la futura Emperatriz tuvo ocho hijos, de los cuales viven aún seis, el mayor de ellos el Emperador Guillermo, actualmente reinante. Los otros son, por orden de nacimiento, la princesa Carlota de Sajonia Meiningen, el príncipe Enrique de Prusia, la princesa Victoria de Schaunbourg-Lippe, la princesa Sofía, duquesa de Esparta, y la princesa Margarita de Hesse. La educación de sus hijos y los cuidados que prodigó á su esposo fueron el único desvelo de su vida. Cuando su esposo, que había de reinar unos cuantos meses con el nombre de Federico III, cayó seriamente en-



SANTANDER. — FESTIVAL DE LOS COROS DE CLAVÉ EN LA PLAZA DE TOROS (de fotografía de Duomarco)

abrazo fraternal de Cataluña, destruyendo con ello esa calumniosa leyenda de odios y rencores que algunos se gozan en propalar y demostrando que cualesquiera que sean las aspiraciones de la región catalana, no hay en ellas la menor sombra de egoísmo, sino que en ellas palpitan el amor á las demás regiones hermanas y el deseo de que todas y cada una encuentren el bienestar y la prosperidad á que tienen derecho dentro de la patria común y unidas todas por el cariño que entre ellas ha engendrado una larga convivencia en la historia de España. Es o es lo que en el fondo significa la excursión de los coros de Clavé, y por esto desde las columnas de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA enviamos nuestra más entusiasta y sincera felicitación á los que tan noble misión han llevado á cabo. Asimismo enviamos la expresión de nuestra más cordial gratitud á las santanderinas y valisoletanas que tan grandioso recibimiento y tantos obsequios han dispensado á las sociedades corales de Cataluña.

MISCELÁNEA

Teatros. — Para conmemorar el centésimo aniversario del natalicio de Bellini se han constituido comités en todas las ciudades de Italia. En todas ellas se preparan grandes festivos, especialmente en Catania, patria del inspirado compositor; se pondrán en escena con este motivo en los principales teatros, no sólo las tan celebradas óperas *Norma*, *Los puritanos* y *La sonámbula*, sino otras menos conocidas, como *El Pirata* y *Beatrice di Tenda*.
— La dieta de Sajonia-Gotha ha votado una subvención de 200.000 marcos (250.000 pesetas) para el teatro de la Corte de Gotha, con la condición de que se den en éste siete representaciones populares al año para las cuales el precio de entrada no exceda de 40 pfeniges (50 céntimos).

Necrología. — Han fallecido:

Juan, barón de Nordenfalk, presidente de la Academia de Bellas Artes de Estocolmo, ex miembro del directorio del Museo Nacional y personalidad que ha desempeñado durante muchos años un papel importante en la historia del arte en Suecia.
Dr. Jan ten Brink, profesor de Literatura flamenca de la Universidad de Leiden, notable publicista, autor de varias obras sobre historia de la literatura flamenca, novelas y folletos políticos.
Constantino Juan Francisco Cretius, pintor de género, de historia y retratista alemán, miembro de la Academia de Bellas Artes de Berlín.
Klemens, metropolitano ortodoxo-búlgaro de Tirnowo, presidente del Sínodo búlgaro y político de gran influencia en Bulgaria.



LA EMPERATRIZ FEDERICO, fallecida el día 5 de los corrientes en el castillo de Friedrichshof, cerca de Cronberg

fermo en el Mediodía, estuvo semanas enteras á la cabecera de su lecho alentando al moribundo y desbaratando las intrigas de toda clase urdidas para impedirle subir al trono. Entonces estuvo tan admirable como energética, sobre todo en la lucha que hubo de sostener contra el príncipe de Bismarck. Cuando Federico III exhaló el último suspiro en 1888, la Emperatriz viuda dejó sin sentirlo la corte de Berlín para ir á llorar al difunto en la soledad y terminar la educación de las tres hijas que no la habían dejado aún para casarse. De ocho años á esta parte, es decir, desde el matrimonio de su hija menor Margarita con el príncipe Federico Carlos de Hesse, vivía enteramente sola en su mansión de Friedrichshof, en donde de vez en cuando se entretenía en el jardín como en los días de su infancia.

Los coros de Clavé en Santander. — La excursión recientemente realizada por los coros de Clavé á Santander y á Valladolid ha sido una serie no interrumpida de triunfos para esos obreros artistas catalanes que, continuando la obra del inmortal fundador de «Euterpe», consagran el tiempo que sus rudos trabajos les deja libre á cantar en dulces melodías ó en energías estrofas los grandes ideales de los pueblos y los más levantados sentimientos del alma humana. Pero han hecho algo más que lograr ovaciones y aplausos; han llevado á Castilla el

Madona, cuadro de Adolfo Echlter. — Las nuevas tendencias artísticas dejan sentir su influencia hasta en el género religioso, que, por su especial naturaleza, parece el más á propósito para substraerse á ellas. Y es que así como en cada época se siente de una manera distinta el arte, así también el espíritu de la religión se impone de diverso modo según cambian los tiempos. Debido á esta influencia, no se busque en los asuntos ni en los personajes que en los cuadros religiosos de hoy figuran el misticismo, el sentimiento de idealidad que en los de los antiguos lienzos se admira: las Vírgenes, los Cristos, los Santos que pintan los grandes maestros actuales son más humanos que los que pintaron los inmortales genios de la edad de oro. ¿Ha ganado ó ha perdido con ello este género de pintura? No hemos de ser nosotros quienes respondamos á esta pregunta, ni es necesario para nuestro objeto; nos limitaremos á señalar un hecho por todos reconocido, si bien creemos que dentro de la moderna escuela pueden producirse obras dignas de los mayores elogios, como por ejemplo la de Adolfo Echlter, que reproducimos, en la cual se admiran, tanto la ejecución técnica, cuanto la expresión del rostro de la Divina Madre.

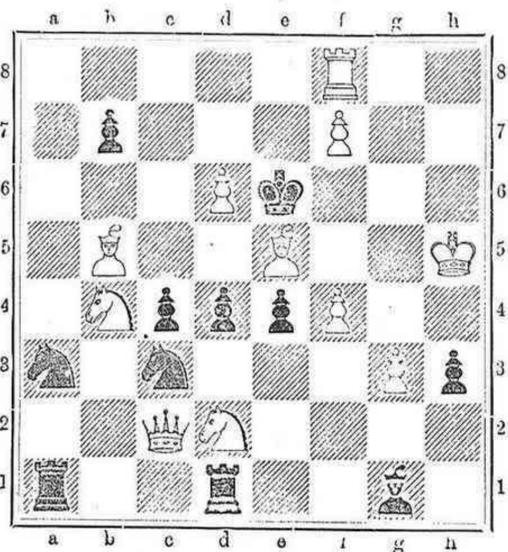
La peste de Roma, cuadro de A. Hirschl. — Boccaccio y Manzoni han descrito en páginas magistrales los estragos que la peste causó en Italia á fines de la Edad Media; pero en cambio, poco se sabe acerca de la primera peste que asoló la ciudad del Tíber en el siglo VI de la era cristiana durante la guerra de los godos. Las expediciones militares del emperador romano de Oriente, Justiniano, la importaron desde la Arabia septentrional en Europa, en donde halló terreno abonado para propagarse en proporciones terribles, gracias á las devastaciones de las continuas guerras, que á todas partes llevaron la desolación y la ruina. Roma hubo de sufrir por aquel entonces repetidos asedios y de padecer los horrores de la peste y del hambre de tal manera que el número de sus habitantes, que era de algunos centenares de miles, quedó reducido á 30 ó 40.000: á esa época calamitosa se refiere el cuadro de Hirschl. Este pintor alemán, residente en Roma, ha resucitado con su fuerza imaginativa el cuadro de la Roma de aquellos remotos tiempos, en que la fe religiosa se exteriorizaba en imponentes manifestaciones: una larga procesión de mujeres y sacerdotes llevando en las manos palmas y cirios desfila por delante de la basílica Julia invocando la piedad celeste; por todas partes se ven cadáveres de apesados ó enfermos moribundos y en el fondo se alzan los arcos triunfales de Tiberio y de Septimio Severo, testimonios de la grandeza de la antigua Roma. La grandiosa composición es de inmenso efecto y está llena de dificultades que sólo á un artista de genio es dado vencer.

En el jardín de las Tullerías, cuadro de Max Liebermann. — Al ocuparnos de Max Liebermann en el número 1.006 de LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA, hicimos observar que una de las principales condiciones de sus obras es la sencillez y señalamos como una de sus dotes características la maestría con que logra expresar el movimiento en unos pocos trazos, que bastan para sugerir de un modo intenso el sentimiento del mismo. El cuadro suyo que hoy reproducimos y que representa un rincón del hermoso paseo parisiense, es una nueva confirmación de nuestro aserto, pues entre las muchas bellezas que en él se admiran es indudablemente la que más cautiva la verdad con que se mueven las figuras.

AJEDREZ

PROBLEMA NÚMERO 250, POR M. FEIGL.

NEGRAS (11 piezas)



BLANCAS (11 piezas)

Las blancas juegan y dan mate en tres jugadas.

SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚMERO 249, POR J. A. ROS.

- | | |
|------------------|-----------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Ad5—b3 | 1. Rd4—c5 |
| 2. Cf6—h5 jaque | 2. f7—f6. |
| 3. Ag7—f6: mate. | |

VARIANTES

- | | |
|--------------------|------------------------|
| 1.... Cf2—g4; | 2. Cf6—g4: jaque, etc. |
| 1.... Cf2—e4; | 2. Cf6—e4: jaque, etc. |
| 1.... Da6—b5; | 2. Cf6—d5 jaque, etc. |
| 1.... Da6—c4; | 2. Cf6—d7 jaque, etc. |
| 1.... Da6—c8 jaq.; | 2. Cf6—c8 jaque, etc. |
| 1.... Th2—h8 jaq.; | 2. Cf6—g8 jaque, etc. |
| 1.... Th2—h7; | 2. Cf6—h7: jaque, etc. |
| 1.... Da6—d3; | 2. De2—c5 jaque, etc. |
| 1.... Cf2—d3; | 2. De2—c3 jaque, etc. |
| 1.... Otra jug.; | 2. C juega jaque, etc. |

NORBERTO DYS.—NOVELA DE MATILDE ALANIC

ILUSTRACIONES DE MARCHETTI

(CONTINUACIÓN)

Nunca había dudado de la omnipotencia de sus encantos, y toda atención dispensada á otra mujer era considerada por su orgullo como un insulto.

Lo que no hubiera sido en ella más que un capricho pasajero, se arraigó, convirtiéndose en una idea fija, obstinada, desde el momento que sospechó que otra influencia podía dominar al artista.

— ¡No puedo ser más modesta en mis aspiraciones!, dijo con inesperada dulzura. Un día, un día nada más... Es todo cuanto le pido por ahora. Le prometo á usted que mañana, á estas horas, será usted devuelto al señor cura... y á todo... lo que aquí le cautiva á usted...

Norberto estuvo tentado de contestar con una negativa brutal, pero su respetuosa simpatía por el Sr. de Marsolles y el temor de acarrear disgustos á Magdalena le contuvieron.

— ¡Sea!, dijo con una sonrisa, pero en tono frío; por un día solamente. ¿Pero me aceptan ustedes tal como voy?»

— ¡Bah! Yo también le recibiré á usted en traje de trabajo... Y como esta noche toda la familia come en casa de unos vecinos, no tendrá usted que avergonzarse de su traje. Yo... tendré jaqueca... y seré su anfitriona. No me desairará usted dos veces en un mes.

Norberto se inclinó, algo turbado por la emoción que encendía el rostro de Hugueta.

— ¡Vamos, Francisco, no te impacientes!, gritó la joven señora á su primo... ¡Viajeros, al coche!... ¡Hasta la vista, señor cura!..

— ¡Hasta mañana!, dijo Norberto con voz firme, dando un apretón de mano al rector, mientras la señora de Wrantz se volvía para ocultar la sonrisa que asomaba á sus labios... ¡Hasta mañana!

¡Pfuuu!.. Los chiquillos se apartaron y el automóvil partió rápidamente.

VIII

Un calor sofocante y pesado oprimía las cosas y los seres. Parecía caer fuego del cielo calentado hasta el blanco.

Por la tarde, la temperatura había bajado un poco, y á fin de tomar algo el fresco, que aún era escaso, la señora de Wrantz acababa de hacer servir el café en la terraza contigua al salón.

La familia de la Hamelière y el Sr. de Marsolles no debían volver á casa hasta muy entrada la noche, á causa de una porción de invitaciones que Hugueta había eludido á fin de no perder un solo minuto de los que el maestro tenía á bien concederle.

Todo el día, durante su larga conversación á solas, ora en el estudio improvisado en un extremo del invernáculo, ora en las umbrías alamedas del parque, ella había tratado de embriagar á Norberto con sensaciones sutiles, haciendo derroche de todas las gracias, de todas las agudezas de su espíritu y de su hermosura.

El adivinaba claramente sus designios, y dueño de sí mismo, bebía á sorbos el filtro que le vertían, saboreándolo con indolencia, pero sin dejarse embriagar.

Con su sensualismo de artista, se abandonaba al hechizo, pasivamente, en el embotamiento en que le

sumía la pesada atmósfera, disfrutando de aquellos goces refinados y respirando el perfume de los heliotropos.

Y en aquel momento delicioso, en que la paz del crepúsculo caía sobre la naturaleza, gozaba de la armonía de la hora y de la mujer, ambas exquisitas y trastornadoras.

Lili jugaba por las alamedas con su galguita.

en ese círculo en que la gente se agita con una actividad ficticia, en que cada cual repite lo que ve hacer á los demás, en que no se sabe inventar nada más original que cortar el rabo á un perro, como Alcibiades!.. ¿Se ríe usted?.. ¡Si usted supiese cuántas veces todas esas cosas me han hecho llorar!..

«¡Diantre! Eso toma un tono trágico — pensó Norberto, á quien Hugueta divertía como hubiera podido divertirle el talento artístico de una hábil actriz. — ¿Qué será lo último que ha leído?»

No ignoraba que, á pesar de su prurito de originalidad, Hugueta no sabía más que reflejar las ideas de los otros en el prisma de su viva imaginación.

Una larga intimidad y la clarevidencia de un amor entibiado le habían ayudado á penetrar el carácter de la hermosa viuda, siempre afanosa de distracciones nuevas, siempre ávida de sensaciones inéditas, y deseosa de herir la imaginación de sus contemporáneos con algo asombroso, imprevisto, por insensato que fuese.

— Parece que no toma usted muy en serio lo que digo.

— Es que en vano busco los motivos que usted pueda tener para maldecir la vida... á menos que no sea su luto prematuro...

Aunque, al decir esto, bajó discretamente la voz, semejante alusión á su viudez gustó poco á la señora de Wrantz.

— No... se equivoca usted... Y la mejor prueba está en lo que voy á confiarle. No consentiré jamás en reanudar la existencia vacía, monó-

tona y estúpida que llevé durante mis cinco años de matrimonio. Mi historia es la de todas las jóvenes de mi clase que se casan ó dejan que las casen, simplemente por no faltar á la antigua y solemne costumbre. Pero la experiencia, muy dolorosa, me habrá sido, al menos, de algún provecho. Si abdicó otra vez de mi independencia, será con conocimiento de causa, en favor de un marido á mi gusto, que abunde en mis ideas y me asocie á sus trabajos; un hombre que tenga personalidad propia, y cuyo nombre, aunque de oscuro origen, resplandezca sobre todo por el prestigio que le dé el mérito personal de mi elegido...

«Aunque enrevesado, ello es claro,» pensó Norberto con estupor.

No se figuraba que Hugueta se atreviese á hacer tales declaraciones, y éstas le cogieron tan de sorpresa que, á dejarse llevar del primer impulso, la impresión que le dominaba se hubiese traducido en una exclamación poco eufónica, correspondiente á un ternero.

Y en tanto que la joven viuda esperaba indudablemente verle caer á sus pies con una declaración sentida, el escultor medía con frialdad las consecuencias que produciría la menor palabra que se prestase á una ambigüedad.

Hugueta quería conducirlo á una declaración, segura de que mordería el anzuelo.

Meses atrás, Dys aspiraba á su mano, y semejante matrimonio se le aparecía como un sueño irrealizable. Hoy pesaba las ventajas y los inconvenientes.

Las ventajas se reducían á un corto triunfo de la vanidad. Una posición mundana envidiable, la fortuna y el lujo.



Todos los habitantes de Ruillé se habían aglomerado en la plaza (pág. 533)

Hugueta, arrellanada en un gran sillón, se mecía con indolencia.

Cada movimiento revelaba la pureza noble de sus líneas, bajo los pliegues vaporosos de su larga blusa de muselina blanca.

Habían hablado de arte, de estética, de chismo-grafía parisiense, del busto que Hugueta quería emprender durante su veraneo en la Réve.

Ahora soñaba ella á media voz, en aquella semi-obscuridad tan propicia para las confidencias.

— Quisiera parar la hora... ¿No le parece á usted que la manecilla del reloj anda á paso de tortuga cuando el momento es desagradable, y corre á toda prisa para abreviar nuestros instantes felices?

— Es verdad. Por eso viven tan aprisa los seres dichosos.

— ¡Los seres dichosos! Parece mentira que usted, Norberto Dys, pueda emplear una frase hecha tan estúpida.

— Efecto de la tormenta. No sé encontrar la expresión justa sino en la piedra ó el mármol.

— No... Un verdadero artista como usted no puede ser nunca insubstancial... Su elevación de espíritu se deja ver á través de las palabras, como se revela la distinción bajo la sencillez del traje.

— ¿Puedo apropiarme esa amable comparación?, preguntó Dys alegremente indicando su ropa de trabajo.

— ¡Si supiera usted qué horror le tengo á todo lo convencional y vulgar!.. No sé qué sería de mi vida sin esta pasión artística que á usted le debo. ¡Me ahogo tan á menudo en esa sociedad llamada el gran mundo, sin duda porque en él todo es pequeño y mezquino, lo mismo los sentimientos que las ideas...,



Pero Hugueta se aseguraba, á su vez, un marido capaz de ganar dinero, de ensanchar su situación, en vez de dilapidar su patrimonio, como el Sr. de Wrantz, que había ocupado sus ocios jugando en el casino.

Norberto no ignoraba las disipaciones del difunto, y sabía que la viuda era demasiado práctica, bajo sus apariencias poéticas, para no calcular el lado positivo de las cosas.

Pero él, que se aburría en los salones y no se encontraba á gusto sino entre sus toneles de arcilla y sus masas de piedra, y almorzaba en diez minutos sobre un zócalo, cuando se apoderaba de él la furia de la inspiración, encontraría el trabajo más libre y más alegre en un estudio embaldosado de pórvido y tapizado de seda?

Por otra parte, no concebía á Hugueta comparando su vida.

El artista había tenido tiempo de estudiar el carácter de la joven viuda, y la fría razón triunfaba al fin del entusiasmo del primer momento. Conocía á la hermosa esfinge en sus múltiples transformaciones, y una vez apagada la llamarada de su capricho, consideraba á la coqueta como una diestra y pérfida maestra de armas, con la cual era interesante dar algunos asaltos cortes.

¡Pero pensar en entregarle su tiempo, su corazón y su talento! ¡Oh, eso nunca!

Casarse con Hugueta era renunciar á la tranquilidad y á la independencia del espíritu necesarias para el trabajo.

Era condenarse á vivir en un torbellino perpetuo, en una trepidación irritante.

La idea de tenerla siempre á su lado asustaba á Norberto.

Se había disipado el encanto de momentos antes. Y el artista estaba admirado de ser tan dueño de sí mismo y de conservar aquella implacable lucidez.

«Está visto que la atracción no produce ya efecto en mí,» pensó en conclusión.

«¿No ha comprendido ó no quiere comprender?» pensaba ella con secreto despecho.

Pero su orgullo no podía admitir más que la primera hipótesis.

Indudablemente el artista no se había atrevido á creer en la inmensa dicha con que se le brindaba.

Y esforzándose entonces en ser más explícita, continuó su confidencia, haciendo hincapié en las palabras, manifestando sus aspiraciones, su deseo de ser en todo la asociada, la colaboradora del hombre con el cual se casase.

Norberto contestaba con movimientos de cabeza simpáticos, mirando desesperado al cielo para implorar un socorro providencial que viniese á sacarle de tan gran apuro.

El milagro esperado se produjo bajo la fulgurante forma de un relámpago, seguido de un trueno.

— ¡Tenemos tormenta!, exclamó el escultor como alarmado.

— ¡Válgame Dios! ¿Se asusta usted por un chubasco?, dijo la de Wrantz ligeramente irónica. No tenemos que andar más que dos pasos para ponernos al abrigo en el salón.

Ante aquella tranquilidad, la súbita nerviosidad de Norberto parecía algo ridícula.

Afortunadamente el cielo vino en su ayuda, dejando caer gruesas gotas de lluvia que se aplastaron blandamente en las baldosas de la terraza.

Un nuevo relámpago, más deslumbrador que el primero, fué seguido, casi inmediatamente, de un trueno formidable.

La señora de Wrantz se levantó esta vez, reprimiendo una exclamación.

— La tormenta se aproxima, dijo el artista, contento de aquella intervención.

Entraron en el salón inmediato.

Un criado acudió á cerrar las persianas y encender luces.

— ¡Aún no!, exclamó Hugueta despidiendo al criado con un gesto. Me gusta ver los relámpagos; quiero gozar del espectáculo grandioso que ofrece una tempestad.

Norberto se mordió los labios.

¿Quería ella reanudar la conversación interrumpida, en la obscuridad, tan propicia para las confidencias; en la perturbación de la tormenta, tan favorable para una escena sentimental?

Pudo Dys preverlo fácilmente, al notar que Hugueta se acercaba á las vidrieras delante de las cuales él permanecía de pie.

La tempestad estalló de pronto. Los relámpagos se sucedían sin interrupción, abriendo en el cielo abismos flameantes é iluminando el parque con breves chorros de luz.

— ¡Tengo miedo!, murmuraba la joven señora temblando, pero no puedo menos de mirar. Es sublime y terrible.

Pero su espanto crecía. Temblaba cada vez más. Norberto sentía contra su manga el contacto de su traje ligero. El suave perfume de sus cabellos subía hacia él, y su cabecita medrosa se inclinaba sobre el hombro del artista.

De pronto él interrumpió el encanto preguntando con ansiedad:

— ¿Su sobrinita estaba al abrigo cuando empezó la tormenta? Recuerdo haberla visto internarse en la arboleda.

— Debe haber vuelto, dijo la señora de Wrantz entre irritada é inquieta.

Sin embargo, fué á preguntar á los criados.

No tardó en volver, diciendo que el jardinero había encontrado á la niña en el quiosco de la glorieta con su galguita, y la había traído en brazos, abrigándola con su blusa para que no se mojase.

— ¡Ya suponía yo que no se había perdido!, concluyó Hugueta como reprochando al artista la solicitud intempestiva que había interrumpido su íntima conversación.

Detrás de ella apareció el criado entre dos quinqués.

Al mismo tiempo oyóse el sordo ruido de un carruaje cuyas ruedas oprímán la arena mojada y que se detuvo en seco al pie de la escalinata que conducía al parque.

Todos los Hamelière, grandes y pequeños, chorreando agua, se precipitaron ruidosamente en el vestíbulo, dando gritos de salvamento.

— ¡Ah!.. ¡Gracias á Dios que estamos al abrigo!.. ¡Calcula, Hugueta, que venimos en coche descubiertos!..

— ¡Qué locura, volver con el chubasco!, dijo la señora de Wrantz, furiosa de aquella nueva interrupción.

— Beltranita tiene jaqueca. Ya estábamos en camino cuando nos sorprendió la lluvia, dijo el señor de Marsolles. Pero ¿qué tienes, Hugueta? Estás verde.

— Ese maldito tiempo causa una verdadera epidemia de jaqueca... Yo también siento pesadez en la cabeza.

Todos entraron en el salón para gozar juntos del grandioso y terrible espectáculo.

Durante media hora estuvo diluviando.

Por fin amainó el viento, y después de dos ó tres repeticiones violentas, cesó la lluvia también.

— Vuelve á estar el cielo estrellado. Tranquilízate Beltranita, pasó el chubasco, dijo la señora de la Hamelière á su hermana menor, que temblaba de espanto.

La señora de Wrantz, sentada al piano, tocaba distraídamente un preludio de Bach.

El Sr. de Marsolles, con su afabilidad un poco trivial, hablaba con Norberto del medallón de Lili en el hueco de uno de los balcones.

Estaba encantado de los progresos artísticos de su hija, y se mostraba tan indulgente en calidad de crítico como lo había sido en calidad de padre. Según él, Hugueta estaba poseída del fuego sagrado; pero temía las dificultades que iba á encontrar en el busto de Beltranita para expresar en él la juventud de aquella cabeza adolescente, de rasgos todavía indecisos.

— Pero la fortuna sonrío á los audaces, dijo el buen señor; y mi hija tiene la suerte de que su maestro veranee en las cercanías.

El escultor se inclinó, comprendiendo lo que esperaban de él.

Con otro cualquiera, Norberto hubiese cortado por lo sano, pero estaba convencido de que el señor de Marsolles le había traído suerte al principio de su carrera, y no podía corregirse de la debilidad pasada de moda, que consiste en ser agradecido.

— ¡Qué rojizo se ve el cielo!, exclamó de pronto Beltranita, que se había quedado asomada al balcón.

Un resplandor cuyo foco parecía situado en el horizonte, delante de ellos, se extendía en medio de la obscuridad de la noche.

— ¡Es un incendio!, dijo el Sr. Marsolles.

— ¿Un incendio? ¿Dónde?, preguntó la señora de la Hamelière, que volvía de la cuadra, pues no se hubiera acostado tranquila sin haber ido á ver si habían cuidado bien de sus caballos.

Cogió unos gemelos que había constantemente en una consola.

La humareda rojiza iba en aumento, en tanto que se avivaba el foco del siniestro resplandor.

— Habrá caído un rayo en alguna granja, dijo la señora de la Hamelière, que se había acercado á la señora de Wrantz.

— ¡Magnífico!, exclamó ésta.

— Un magnífico horror, corrigió su padre.

Todos quedaron fascinados ante la fantasmagoría de las nubes abrasadas y movedizas.

— ¡Calla!, exclamó el Sr. de la Hamelière, mirando

con los gemelos; pues si parece que el incendio cae por donde fuimos á buscar al Sr. Dys!..

— ¿Usted cree?.., dijo vivamente Norberto.

— ¿Cómo va usted á saber?.. observó la señora de Wrantz, impacientada.

Pero el Sr. de la Hamelière era de esos hombres que se precian de no afirmar nada sin estar bien seguros de ello.

Volvióse hacia su prima con cierta indignación, y se obstinó en probar lo que acababa de decir.

Norberto no había esperado el final de aquella demostración para coger otros gemelos. Pero su mano temblaba de impaciencia y no conseguía ajustar el instrumento.

Una mortal angustia se había apoderado bruscamente de él, angustia intensa y penetrante, como no recordaba haber experimentado otra igual en la vida, á excepción de la que le causara el anuncio de que su madre se estaba muriendo.

La vista de aquel punto rojo en el fondo de la noche le trastornaba, como si algún ser querido estuviese en las llamas, expuesto á un mortal peligro.

Ningún razonamiento podía dominar aquella impresión.

A seguir el impulso de su inquietud, se hubiera precipitado fuera de la casa.

Con brevedad preguntó al Sr. de la Hamelière:

— ¿Cómo podría yo partir inmediatamente para allá?

— ¿Partir?, exclamó la señora de Wrantz, con una nota agria en su voz suave. ¿Por una simple suposición de Francisco?.. ¡Qué absurdo!.. Nada prueba que ese incendio sea en Ruillé.

— La mejor manera de averiguarlo es ir allá, dijo Norberto, á quien ponía nervioso la obligación de explicar sus actos y de discutir las objeciones que preveía.

— ¡Pero amigo!, exclamó el Sr. Marsolles en tono algo zumbón, ¿cree usted que hace falta para extinguir el incendio?

— ¿Teme usted que el rayo haya caído en el campanario?, pronunciaba al mismo tiempo Hugueta en tono mordaz. ¡Verdaderamente esa iglesia, su cura... y lo demás le interesan á usted mucho!..

Su voz de falsete, que temblaba de irritación, evocó en Norberto la idea de una barrena rechinante y aguda. De ningún modo se casaría con aquella voz. Muy ceremonioso, aunque un poco tieso en medio del violento esfuerzo que se imponía, volvióse hacia la señora de Wrantz, diciéndole con firmeza y dignidad:

— Señora, hace tres semanas que vivo con esas excelentes personas, que me han dado pruebas de la más viva cordialidad, y tendría por una mala acción, hallándome á tan corta distancia, el permanecer indiferente mientras ellos sufren tal vez... Además, yo prometo volver aquí. Haga usted el esbozo del busto de la señorita Beltrana... La semana entrante volveré á hacerme perdonar esta brusca partida y á examinar su trabajo.

— Tiene usted muchísima razón, dijo el Sr. Marsolles, aprobando con la cabeza. Los hombres de corazón obran como usted. Y puesto que promete usted volver, le dejamos libre bajo palabra.

— Y si encontrase usted que le retenemos á la fuerza, medios le sobrarían para evadirse, añadió Hugueta con despecho. Comprendo su mortal ansiedad. ¡Qué desgracia si encontrase usted á su modelo carbonizada!.. Francisco, diga usted que enganchen. ¿No vé usted que el Sr. Norberto Dys se consume de impaciencia?

— ¡Voy!, dijo de mal talante el Sr. de la Hamelière, á quien le disgustaba el tener que enviar uno de sus caballos á emprender aquella carrera nocturna por caminos fangosos.

No comprendía — y su mujer tampoco — el entusiasmo de su prima y de su tío por aquel escultor, que, para él, hombre de *sport*, no estaba á la altura de un buen *jockey*.

Se fué, sin embargo, á la cuadra, y después de largas indecisiones, eligió el peor de sus caballos.

Desde el momento en que la cabeza roja de Francisco de la Hamelière desapareció entre las dos hojas de la puerta, los minutos parecieron singularmente pesados al artista, que apenas acertaba á contestar á las disertaciones del Sr. Marsolles sobre una estatua de Pradier que había descubierto hacia poco en casa de un cambalachero.

La Sra. de Wrantz había vuelto á sentarse al piano y tocaba á la sordina, hablando con su prima Juana.

Las risitas sofocadas de ambas mujeres cortaban á menudo la relación algo monótona del viejo é irritaban secretamente al artista, pues adivinaba que era objeto de aquella charla, visiblemente maliciosa. Aquel malestar tuvo fin.

Un criado anunció que el coche esperaba.

Norberto dirigióse rápidamente, sin hacer caso del sarcasmo con que todavía trataba de herirle la señora de Wrantz bajo la mirada burlona de Juana de la Hamelière.

El Sr. Marsolles le acompañó hasta el pie de la escalera y no le dejó partir hasta haberle hecho renovar la promesa de que volvería.

Por fin Norberto pudo subir al *dog-cart*. Su corazón saltó de alegría al arrancar el coche, y después que éste hubo pasado la verja, experimentó una verdadera sensación de libertad, como si saliese de una cárcel.

Absorbió con delicia el aire purificado por la lluvia. Estaba libre; libre de todo compromiso moral, de toda cohibición; libre de pensar á sus anchas, de reflexionar sobre la sorprendente cosa que acababa de revelarse en su interior. Y en una especie de arrobo, muy quedo, en el misterio de la noche, reteniendo las sílabas como para acariciarlas, murmuró un nombre:

¡Magdalena!

¿Cómo no se había dado cuenta antes?

El día anterior, pensando en su próxima separación, había empezado á sentir no tener una hermana como ella.

Lo que por ella experimentaba, ¡se parecía tan poco á los tumultuosos movimientos del amor sentido hasta entonces!

Pero aquel sentimiento, suavemente infiltrado en él sin darse cuenta de ello, se le aparecía ahora profundo y fuerte.

¡Magdalena!

Ya no le cabía duda que la amaba. Súbitamente acababa de comprender que la quería más que á todas las cosas de este mundo.

Nunca se había apoderado de él aquel deseo de confundir su vida con la vida de otro ser, de abandonarse confiadamente á una ternura leal.

Antes, los caprichos sentimentales atravesaban su cerebro sin dominar su corazón, y esta vez sucedía lo contrario.

Magdalena había penetrado en su alma por el camino de la piedad, despertando en ella sus mejores sentimientos.

— ¿No podría usted ir más aprisa?, preguntó al cochero.

Poníase de pie en el coche, procurando penetrar con la vista en las tinieblas. El reflejo purpurino se obscurecía. Seguramente él llegaría tarde.

Pero á medida que la roja humareda iba perdiendo su resplandor, disminuía la opresión de su pecho.

Ya no le parecía tan probable que el siniestro hubiese ocurrido en Ruillé ó en la Rosellerie y que Magdalena corriese peligro.

Rióse de su propia locura como de una niñería que le probaba la fuerza de aquel amor, cuya existencia no sospechaba, cuando ya se había apoderado de todo su ser.

Aquella fuerza latente le había hecho invulnerable á las seducciones, antes irresistibles, de Hugueta.

Sentía viva impaciencia por llegar, deseoso de manifestar á Magdalena todo lo que le henchía el corazón.

Ella le amaba también á él. No le cabía duda á Norberto Dys. Para convencerse de ello, no tenía más que recordar la escena de la mañana, tan desdichadamente interrumpida por la llegada de la señora de Wrantz. Había además un cúmulo de pequeñas circunstancias... Y la noble muchacha había puesto su amor en él, creyéndole pobre y oscuro, sin que la menor ambición alterase con ninguna amalgama el oro puro de su cariño.

¡Oh, Magdalena! ¡Magdalena!...

Púsose otra vez de pie con impaciencia, agitado por el deseo vehemente de abreviar para ambos el suplicio de la incertidumbre.

— ¡Más aprisa, por favor!, dijo al cochero poniéndole una moneda de plata en la mano.

El otro fustigó al caballo, que pareció querer desbocarse, pero que no tardó en volver á su trote tranquilo.

De pronto, en una encrucijada, el coche paró por completo, ante una acumulación de vehículos y ganado que llenaban la carretera.

— ¡Es que mañana es la feria de Saily!, dijo el criado volviéndose hacia Norberto. Ahora que hemos tomado la carretera, va á ser siempre lo mismo.

— ¿A qué distancia estamos de Ruillé?

— A unos cinco kilómetros. Acabamos de dejar á Sainte-Gandelle.

— Andaré el resto del camino á pie, dijo Norberto apeándose. Iré más aprisa campo atraviesa.

— Entonces, ¡buen viaje, señorito!

Y el cochero dió media vuelta sin más razones, palpando la propina en su bolsillo.

Norberto echó á andar gustoso, pues le era difícil permanecer inactivo, cuando su cabeza bullía con tal efervescencia.

Cada paso le daba la sensación satisfactoria de acercarle á la dicha.

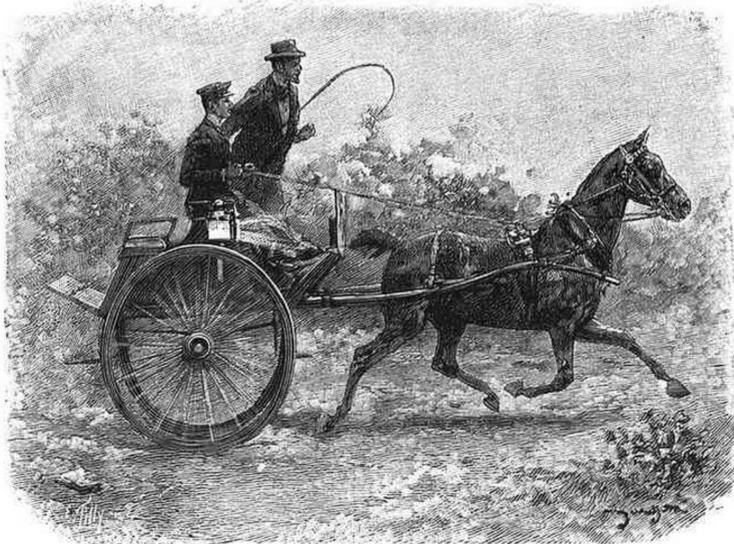
Tomó un atajo, con la idea confusa de que aquel sendero conducía á la Rosellerie.

En el mágico torbellino que le arrastraba, parecía-le que todos los caminos no debían llevar otra dirección.

Caminaba sin cesar, pensando en Magdalena, ansioso de confiarle su corazón de hombre vibrante y apasionado, su inteligencia y su talento; ansioso de tenerla siempre á su lado, en la realidad como en la ilusión...

El camino se prolongaba sin fin, bajo la bóveda sombría de sus árboles bajos y torcidos que interceptaban el horizonte.

— ¿Dónde demonios me encuentro?, se dijo mirando en torno suyo con cierta ansiedad. ¡Ni una casa, ni alma viviente á quien preguntar!.. Lo mismo puedo hallarme á cien metros que á tres leguas de la Rosellerie.



Poníase de pie en el coche

Por fin llegó á una encrucijada y pudo descubrir un poco de horizonte.

La noche había recobrado su opacidad tranquila. Apenas un poco de humo rojo manchaba un pedazo de aquel inmenso velo negro.

A la ventura, Norberto se dirigió hacia aquel punto como hacia un faro, saltando setos y surcos.

De pronto oyó voces y vió, á través de las ramas, luces movedizas.

Acercóse y se encontró con una pequeña brigada de bomberos que arrastraba una carreta de manos.

— ¿Dónde ha sido el fuego?, preguntóles Norberto con viva ansiedad.

— En la Varpolière, contestó uno de los bomberos. Una inmensa cantidad de mieses que ardieron como una caja de fósforos.

— ¿Estoy lejos de la Rosellerie?

— A un kilómetro apenas. Pero si toma usted esa senda y anda aprisa, alcanzará usted al señor cura de Ruillé. Acaba de separarse de nosotros, después de haber hecho la cadena con todo el mundo.

Norberto tomó apresuradamente el camino que acababan de indicarle.

Al fin oyó delante de él el ruido de un paso acelerado y de ropaje húmedo.

— ¿Es usted, señor cura?, gritó Dys alegremente. Una exclamación de asombro le contestó.

— ¡Cómo! ¡El Sr. Norberto, si no me engaño!

El artista le alcanzó en dos brinco y se agarró á su brazo.

— ¡Cuidado, amigo mío!, dijo el padre Vergeau; cuidado, que vengo mojado como una sopa, aunque me arremangué la sotana.

— Es usted un santo, le dijo Norberto. Y á usted le deberé el paraíso. ¡Ay, señor cura, si usted supiese!.. ¿No me esperaba usted hasta mañana, verdad?.. Pero figúrese usted que desde la Rive se veía el fuego... y me aseguraban que era en Ruillé. Entonces no pude contenerme y lo abandoné todo por venir.

— ¡Cuánta amabilidad!, exclamó el padre Vergeau con efusión.

— En fin, gracias á Dios, no hay novedad en Ruillé... ni en la Rosellerie, añadió Norberto echando aquel puente para llegar al asunto que más le interesaba.

— En la Rosellerie, sí, suspiró el cura. Olimpia está inconsolable esta noche.

— ¿Qué le pasa?

— Magdalena y su padre se marcharon esta tarde.

El artista se paró en seco.

— ¡Cómo! ¿Se han ido?.. ¡Tenían que estar aún dos días!

— Sí, pero almorzaron en la Rosellerie con el agente de negocios de la señorita Taccart, que les ofreció un tálburi para regresar á Saily, y Farguet lo aceptó, sin tener en cuenta las dificultades de aquella marcha precipitada. No hubo medio de hacerle desistir... ¡Capricho de enfermo!.. Es muy probable que el pobre no vuelva ya nunca más á Ruillé.

Norberto había soltado el brazo del cura y andaba cabizbajo.

De pronto preguntó:

— Mañana es la feria de Saily. El tío Tommery debe ir sin duda. ¿A qué hora debo esperar su coche?

IX

En la plaza del Mercado, entre el rectángulo de casas bajas, hormigueaba, bajo el sol del mediodía, una muchedumbre de feria.

La luz deslumbraba con sus reflejos; las blusas nuevas brillaban á la luz solar como cinc pulimentado; las cofias blancas hacían daño á la vista; del menor cacho de metal se desprendían rayos. En todas las plazas y calles adyacentes, la muchedumbre se apretaba y revolvió, discutiendo, entre gritos, ternos y canciones, redobles de tambores, alaridos humanos mezclados con los mugidos de animales y con una murga infernal.

Todo aquel clamoreo llegaba hasta el cuarto cerrado y mudo de la señorita Farguet.

Sentada detrás de la cortina, Magdalena permanecía inmóvil, con el oído atento á los menores ruidos de la casa, únicos perceptibles para ella, á pesar del rumor de fuera, que la fatigaba sin distraer su atención.

Ni un movimiento, ni un soplo del enfermo se le escapaba.

De vez en cuando, una queja más fuerte que las demás la hacía levantarse é ir de puntillas hasta la cama en que descansaba su padre. Observaba un instante su

sueño agitado y consideraba con mudo espanto la palidez terrosa de su demacrado rostro.

Hasta en el sueño, las gruesas pestañas del viejo se unían formando una barra inflexible que daba á aquel rostro deshecho una expresión irritada y sumamente dura.

Después, Magdalena se volvía á su sitio, con el corazón más oprimido que antes, y recaía en el estuero donde rodaban penosamente sus tristes pensamientos.

El precipitado viaje del día anterior había agravado mucho el estado de Farguet.

El chubasco sorprendió á los viajeros en el camino, lejos de todo albergue, calándolos hasta los huesos y llenando el tálburi de agua.

Al llegar á su casa, el pobre viejo se desmayó.

Magdalena envió por el médico á toda prisa. Cuando éste llegó, el enfermo había recobrado los sentidos, pero una fiebre ardiente le consumía.

El médico, que había recomendado el reposo del campo, se enfadó porque habían faltado á sus órdenes.

Farguet explicó que el motivo de su brusco viaje fué la necesidad de transportar á Saily el modelo de su composición escultural que enviaba al concurso. No era cuestión de confiar su obra á manos ajenas, exponiéndose á que llegase hechá añicos.

Además, pretendía que el campo, en vez de serle saludable, le era perjudicial.

Cuando, en presencia del cura de Ruillé, manifestó que él, por su parte, no tenía interés en quedarse un día más en el pueblo, Magdalena comprendió la alusión y recibió en pleno corazón el brusco golpe.

Sin añadir una palabra, la pobre muchacha se levantó y preparó rápidamente el equipaje, con gran asombro de Olimpia.

Esta comprendió que el verdadero motivo de aquella huída era el deseo de evitar á Norberto, contra quien la hostilidad celosa del viejo escultor se traducía en sarcasmos amargos.

— ¡Magdalena!, gritó de pronto Farguet. No te olvides de avisar á Nuggi..., el fundidor..., para que expida mi modelo, sin falta, mañana por la mañana.

— Tranquílícese usted padre; todo se hará como usted desea.

Durante el día, había recomendado un centenar de veces lo mismo; y aquella idea fija, pertinaz, tenía preocupada á Magdalena.

(Continuará)

ARTE Suntuario Moderno

La mejor cultura es la que crea las necesidades morales y materiales que el arte satisface por medio de sus múltiples manifestaciones, que embellecen la vida y dulcifican las costumbres. Y no se crea por esto que el fomento de las industrias artísticas determine y produzca un desequilibrio, puesto que ni las exigencias del lujo y de la moda cierran la puerta a los goces más elevados del corazón y de la inteligencia, ni pueden producir el desorden social y económico, inevitable en los pueblos que no saben resignarse a vivir con relación a su estado y su fortuna. Así se forma la cultura en las naciones del Norte de Europa; por eso tienen en ellas vida propia el arte y las industrias artísticas, que llevan su benéfica influencia hasta a las clases más modestas, ya que viven en la misma atmósfera intelectual que las poderosas.

Si nos fijamos en los inmensos adelantos realizados por las artes industriales en Francia, Inglaterra, Alemania, Austria, Italia y Bélgica, podremos observar que en todos esos países ha pasado la regeneración industrial por varios períodos. El entusiasmo patriótico, la admiración de las obras antiguas del arte nacional y el recuerdo de hechos gloriosos impulsaron a los estudiosos e inteligentes a visitar monumentos y reunir colecciones, que dan origen al renacimiento del arte nacional, organizándose exposiciones y museos que sirven de estímulo y fomentan al desarrollo de la producción.

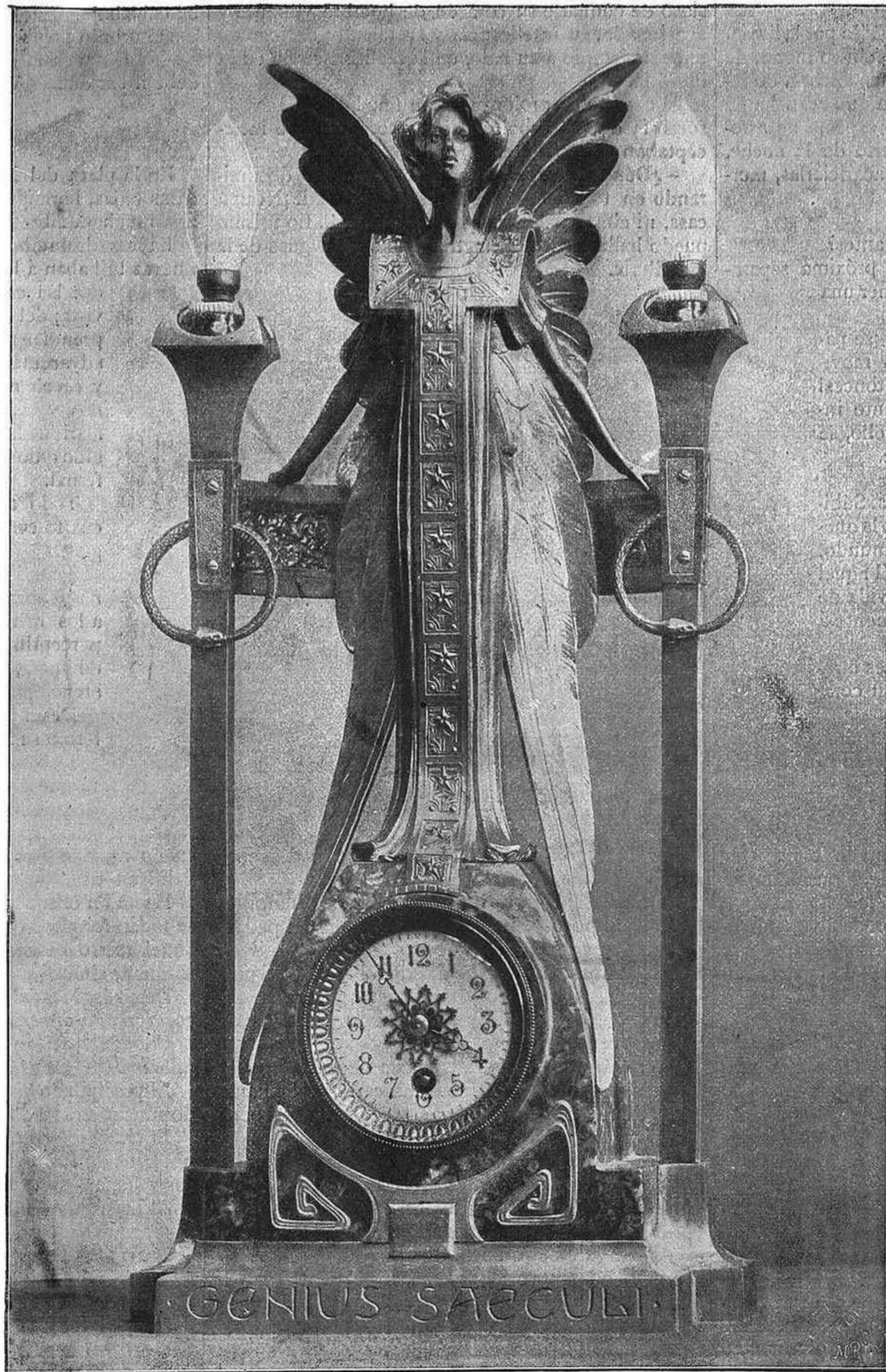
A este movimiento evolutivo se debe la transformación operada en todas las naciones, incluso la nuestra. Con plausible actividad e inteligencia, cada país ha proseguido y estudiado el trabajo intelectual de su pasado, fortaleciéndose con la riqueza producida por los propios elementos. Esta fase es común a todos los pueblos y ella es la que ha determinado la admirable y armónica asociación del arte y la industria bajo un nuevo aspecto, que se ajusta a la corriente impuesta por los cánones modernos, ya que si bien es cierto que en las pasadas centurias realizábase tan felicísimo consorcio, no lo es menos que sea cual fuere la forma en que se expusiera, revelaba un estilo distintivo de la época y singularmente de la raza y aun del pueblo en que se produjera. Hoy ocurre lo contrario. La relación es más íntima si cabe; pero el gusto que informa las creaciones artístico-industriales no es característico de la vieja Europa, sino que éstas son el resultado de un conjunto de elementos nacionales y exóticos que combina la fantasía del artista.

La escultura no permanece estacionaria ni ajena a la evolución a que nos referimos; antes al contrario, toma activa parte y desempeña el oficio de factor importantísimo. Preciso es convenir que su concurso no corresponde a nuestra época, ya que los objetos pertenecientes a los pueblos antiguos, conservados en los museos y colecciones, atestiguan el cometido que los escultores desempeñaban en la decoración, ya se tratara del embellecimiento de palacios y suntuosas viviendas, ya del mobiliario y de cuantos objetos constituirían el adorno de las cámaras y salones y aun de los de práctica y frecuente aplicación en los usos personales y domésticos.

La influencia de la escultura en el que pudiéramos titular arte íntimo, fué verdaderamente decisiva en el glorioso período del Renacimiento. Los artistas

españoles, franceses, italianos y alemanes produjeron obras admirables, causa hoy de encanto, y los nombres de algunos de ellos figuran con el dictado de la maestría en los anales del arte.

De ahí, pues, que teniendo tradición, escuela y enseñanzas, se haya proseguido la labor y hoy procuren los mencionados artistas anudar la gloriosa historia, si bien inspirándose en los conceptos que imperan y utilizando los elementos que imponen los cánones artísticos que informan la evolución moderna.



EL GENIO DEL SIGLO, reloj de mármol y bronce, obra de Alberto Reimann fabricado por la casa Gladenbach é hijo, de Friedrichshayen. (Del «Deutsche Kunst und Decoration», de Alejandro Koch, Darmstadt)

Alemania toma activa parte en el movimiento productor, y las preciadas obras de cerrajería, cerámica, vidriería y mobiliario de Nuremberga, Anspach, Bayreuth, Goggingen y Munich, que tanta celebridad dieron a los Hirsvogel, Rebel, Schwanhard, Baugartner, Hainofer y otros más, tienen digna sucesión en las modernas manufacturas, en donde se ejecutan en bronce, mármol y otras materias los modelos concebidos por artistas meritísimos. Muestra de ello es el hermoso reloj del distinguido escultor Alberto Reimann, que tan innegables pruebas ha dado ya de su buen gusto y fantasía, presidiendo en sus obras la aplicación y el uso a que han de destinarse, de suerte que resulten agradables y de práctica utilidad.

En igual caso hallanse las delicadas porcelanas de la manufactura de Rosenthal, que acreditan la producción bávara y que ofrecen la novedad de las aplicaciones decorativas que las embellecen y decoran.

Por lo que a nuestra patria atañe, hemos de consignar que no figuramos entre los rezagados, y que Barcelona puede considerarse como el centro del movimiento artístico peninsular. — X.

LA TELEGRAFÍA SIN ALAMBRES

EN LAS LÍNEAS TRANSATLÁNTICAS INGLESA

En la actualidad se procede a la instalación de un conjunto de estaciones de telegrafía sin alambres (sistema Marconi) en las dos orillas del canal de San Jorge y sobre el Mersey. Gracias a estas estaciones, los buques transatlánticos que hacen escala en Liverpool podrán estar en comunicación con la tierra muchas horas antes de su llegada ó después de su partida.

Las estaciones que ya funcionan son cuatro y están situadas: la primera en el puesto del buque escuela *Conway*; la segunda en Holyhead, a 108 kilómetros de Liverpool; la tercera en Rossland, a 250 kilómetros, y la cuarta en Crookhaven, a 400; todas ellas están enlazadas con la red telegráfica ordinaria. De ello resulta que puede seguirse la marcha de un buque mientras recorre 500 kilómetros a todo vapor y cambiar con él telegramas de toda clase.

El experimento más curioso es el que se ha hecho recientemente con el transatlántico *Lac Champlain* a su regreso de Montreal a Liverpool: dicho barco, en cuanto se encontró a unos 100 kilómetros de la costa de Crookhaven, telegrafió a Liverpool la noticia de su llegada, y al encontrarse a 100 kilómetros de Rossland, comenzó a enviar despachos de los pasajeros, todos los cuales fueron perfectamente entendidos y enviados a su destino por la vía ordinaria. Cuando estuvo a la altura de Holyhead, el *Lac Champlain* cambió con Liverpool telegramas de felicitación; el buque se hallaba todavía a 50 kilómetros cuando estos cumplidos comenzaron a cruzar los aires, y fueron interrumpidos por un despacho del armador anunciando que la Compañía había cambiado de punto de amarre.

En vista de los éxitos obtenidos por las estaciones Marconi de la costa inglesa y atendidos los servicios que indudablemente están llamadas a prestar, dícese que se va a montar una estación telegráfica sin alambres enlazada con Nueva York en la isla de Nantucket, que es la primera tierra americana en donde tocan los buques procedentes de Europa. Cuando funcione esta línea, el aislamiento de los pasajeros de

los buques transatlánticos entre Liverpool y Nueva York quedará reducido a tres ó cuatro días solamente.

* *

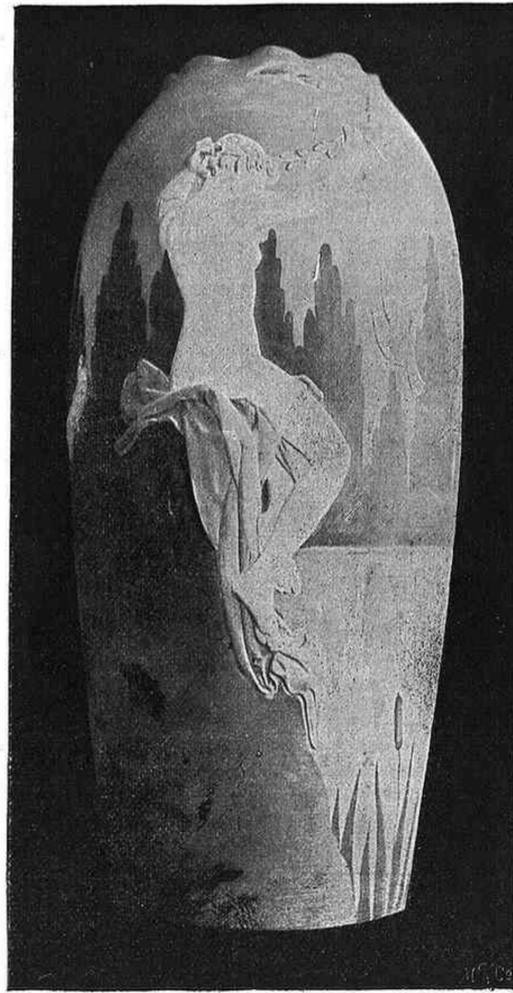
LONDRES Y NUEVA YORK

El periódico neoyorkino *Scientific American* ha comparado el movimiento de las poblaciones de Londres y Nueva York, y los datos por él aducidos demuestran que el crecimiento de la ciudad americana es mucho más rápido que el de la ciudad inglesa.

En 1891, la población de Londres era de 4.433.220 habitantes y actualmente se eleva a 4.803.342, ó sea un aumento de 370.122 habitantes. Pues bien: en 1890 la población de lo que hoy constituye la «Gran Nueva York» era de 2.492.592 habitantes y en 1900 ha alcanzado la cifra de 3.437.202, es decir, un aumento de 944.610 unidades en estos diez años.

Hace quince años la población de Londres aumentaba en una proporción de 50.000 individuos

por año, al paso que en el último decenio el aumento anual no ha sido más que de 37.000. En Nueva York, por el contrario, el aumento en los dos últimos decenios ha sido primeramente de 31 por ciento y de 37 por ciento para los diez años últimos. Admitiendo que el aumento continúe en proporción de 40 por ciento durante los seis decenios próximos, Nueva York llegaría á tener en 1911 una población igual á la actual población de Londres. El aumento de población de Nueva York es anormal, aun tratándose de una ciudad norteamericana, excepción hecha de Chicago, en donde se observa un aumento de 54 por ciento. Las tres ciudades que tienen de 500.000 á un millón de habitantes; las cinco que tienen de 300.000 á 400.000 y las ocho que cuentan de 200.000 á 300.000, sólo acusan un aumento medio de población que varía entre 28'5 y 23'2 por ciento. - X.



JARRONES DE PORCELANA de la fábrica Rosenthal y C.^a, de Selb (Baviera). Del «Deutsche Kunst und Decoration»

cialidades de los Estados Unidos no carecen de cierta fantasía extravagante. En el estado de Texas, por ejemplo, hay dos ciudades cuyo nombre se reduce simplemente á la letra K, al paso que en el de Tennessee hay otra designada con las tres letras ABC.

Las letras griegas son las que más han sido utilizadas para este objeto; así vemos que hay en aquel país una docena por lo menos de lugares denominados Alfa y Omega; la Kappa y la Theta están representadas cuatro veces; la Delta, 18, etc.

Muchas ciudades han recibido nombres latinos, tales como Urbs (en Georgia), Summus (en el estado de Nueva York), Optima y Nihil (en Pensylvania), Vox (en la Carolina del Sur), Vox Populi (en Texas), Duo (en el Tennessee), Ego (en territorio indio) y Amicus, Pax y Exit (en Texas). También se ha echado mano del Olimpo con su cortejo de dioses y musas, existiendo, en efecto, poblaciones denominadas Apolo, Diana, Júpiter, Juno, Baco, etc. Y por último hay muchas que llevan nombres que traducidos al español significan sed, cerveza, grano, pato, ternera, etc.

LOS NOMBRES DE CIUDADES EN LOS ESTADOS UNIDOS

Los nombres que llevan muchas poblaciones y muni-

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
Pepsina Boudault
 Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA
 PREMIO DEL INSTITUTO AL D'ORVISART, EN 1856
 Medallas en las Exposiciones internacionales de
 PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS
 1887 1872 1873 1876 1878
 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS
DISPEPSIAS
GASTRITIS - GASTRALCIAS
DIGESTION LENTAS Y PENOSAS
FALTA DE APETITO
 Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION
 BAJO LA FORMA DE
ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT
VINO. de PEPSINA BOUDAULT
POLVOS. de PEPSINA BOUDAULT
 PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine
 en las principales farmacias.

Frasco 5 fr. en Paris
PUREZA DEL CUTIS
 - LAIT ANTÉPHELIQUE -
LA LECHE ANTEFÉLICA
 ó Leche Candès
 pura ó mezclada con agua, disipa
 PECAS, LENTEJAS, TEZ ASOLEADA
 SARPULLIDOS, TEZ BARROSA
 ARRUGAS PRECOCES
 EFLORESCENCIAS
 ROJECES.
 Pone y conserva el cutis limpio y terso
 CANDES et C^{ie} B^{is} St-Denis, 16

PILDORAS DEFRESNE
 A LA PANCREATINA
 Adoptada por la Armada y los Hospitales de París.
DIGESTIVO el más poderoso
 el más completo
 Digiere no solo la carne, sino también la grasa, el pan y los feculentos.
 La PANCREATINA DEFRESNE proviene de las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión.
 POLVO - ELIXIR
 En todas las buenas Farmacias de España.

Las Personas que conocen las
PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT
 DE PARIS
no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

PILDORAS BLANCARD
 con Yoduro de Hierro inalterable
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París, etc.
 Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO
 Exíjase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, París.

ENFERMEDADES del ESTOMAGO
PASTILLAS y POLVOS PATERSON
 con BISMUTHO y MAGNESIA
 Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos.
 Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD.
 Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

Jarabe de Digital de LABELONYE contra las diversas Afecciones del Corazon, Hydropesias, Tosos nerviosas; Bronquitis, Asma, etc.
 Empleado con el mejor exito

Grageas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ
 El mas eficaz de los Ferruginosos contra la Anemia, Clorosis, Empobrecimiento de la Sangre, Debilidad, etc.
 Aprobadas por la Academia de Medicina de París.

Érgotina y Grageas de ÉRGOTINA BONJEAN HEMOSTÁTICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el labor del parto y detienen las perdidas.
 Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de París
 LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, París, y en todas las farmacias.

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el **PILIVORE DUSSEY**, 2, rue J.-J. Rousseau, París.

LIBROS

ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN
por autores ó editores

MANUAL DE LA PROPIEDAD INTELECTUAL, por A. García Llansó. - La circunstancia de tratarse de una obra de un querido compañero de redacción no ha de impedirnos señalar las excelencias de este libro, al cual ha dedicado la prensa los más entusiastas y merecidos elogios. En la imposibilidad de analizar detenidamente el libro, pues no lo consiente la índole de esta sección, diremos que todo cuanto se relaciona con la propiedad intelectual, todas las cuestiones que en esta materia pueden plantearse, así dentro del derecho español como dentro de la legislación internacional, todo está claramente expuesto y explicado, todo está resuelto con gran método y acertado criterio. La obra del señor García Llansó demuestra el gran estudio que ha hecho del asunto y los profundos conocimientos que posee de lo legislado, no sólo en España, sino que también en el extranjero, pues una buena



EN EL JARDÍN DE LAS TULLERÍAS, cuadro de Max Liebermann
(reproducción autorizada por los Sres. B. y P. Cassirer, de Berlín)

parte de ella está dedicada á las leyes de propiedad intelectual de todos los estados que la poseen. *El Manual de la Propiedad Intelectual*, impreso en Barcelona en la imprenta de Luis Tasso, forma un volumen de cerca de 600 páginas y se vende á 10 pesetas.

CUENTOS DE LA VIDA Y LA MUERTE, por Antonio Goya. - En dos grupos pueden clasificarse los cuentos contenidos en este libro: unos están tomados de la vida real, con escenas vividas, tipos directamente observados; otros son producto de la imaginación, hechos extravagantes ó estados anímicos vistos ó presentidos con los ojos de la fantasía. Y con ser tan distintos estos dos géneros, en ambos hace gala su autor de condiciones no comunes de hábil cuentista, pues logra cautivar la atención del lector con narraciones contenidas en muy pocas páginas. La obra, impresa por Martínez y Franchi en las Palmas, se vende á dos pesetas.

AGUA LÉCHELLE

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *Intestinos*, los *Espantos de sangre*, los *Catarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - DEPÓSITO EN TODAS BOTICAS Y DROGUERIAS.

PAPEL WLINSI

Soberano remedio para rápida curación de las *Afecciones del pecho*, *Catarros*, *Mal de garganta*, *Bronquitis*, *Resfriados*, *Romadizos*, de los *Reumatismos*, *Dolores*, *Lumbagos*, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de Paris.

Exigir la Firma WLINSI.
DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Seine.

PAPEL ANTI-ASMATICOS BARRAL
PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES
EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL
disipan casi INSTANTANEAMENTE los Accesos.
DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEYRES
78, Faub. Saint-Denis
PARIS
y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTICION
FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE Ó HACE DESAPARECER
LOS SUFRIMIENTOS y todos los ACCIDENTES de la PRIMERA DENTICION.
EXÍJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS.
Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

AVISO A LAS SEÑORAS
EL APIOL DE LOS DRES
JORET-HOMOLLE
CURA
LOS DOLORES, REÍARDOS,
SUPPRESSIONES DE LOS
MENSTRUOS
F. G. SÉGUIN - PARIS
165, Rue St-Honoré, 165
Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curación de las *gastritis*, *gastraljias*, *dolores y retortijones de estómago*, *estreñimientos rebeldes*, para facilitar la *digestion* y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al **Bromuro de Potasio**

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del *corazon*, la *epilepsia*, *histeria*, *migraña*, *baile de S.-Vito*, *insomnios*, *convulsiones* y tos de los niños durante la *denticion*; en una palabra, todas las *afecciones nerviosas*.

• Fábrica, Especiones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
Deposito en todas las principales Boticas y Droguerias

GARGANTA

VOZ y BOCA

PASTILLAS DE DETHAN

Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritacion que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emision de la voz. - Precio: 12 REALES.
Bastir en el rotulo a firma

Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

HARINA lacteada NESTLÉ

Proveedor de la Real Casa

26 Diplomas de Honor.
31 Medallas de Oro



ALIMENTO COMPLETO para NIÑOS

Recomendado desde hace 35 años por las Autoridades Médicas de todos los Países. Contiene la *leche-pura* de los Alpes Suizos. Pidase en todas las Droguerias y Farmacias.

Para pedidos dirigirse á MIGUEL RUIZ BARRETO Jerez de la Frontera.

PÍLDORAS MOUSSETTE

Neuralgias,
Jaquema,
Ciática.

CLIN y COMAR - PARIS
En todas las Farmacias.
650

CREME DE MECQUE DUSSE

MARAVILLOSA RECETA, SANA Y BENEFICA
Da al cutis la blanura nacarada del marfil.
1, Rue Jean-Jacques Rousseau, 1, PARIS
Se vende en las principales Perfumerias, Carbonarias y Gazarc.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN